

Los 25 mejores relatos negros y fantásticos

Jean Ray

Contenido

La Mano de goetz von Berlichingen	2
El Salterio de Maguncia	12
¡Yo he matado a Alfred Heavenrock!	38
El Gran Nocturno	50

LA MANO DE GOETZ VON BERLICHINGEN

HABITÁBAMOS en Gante, en el Ham, una casa grande y antigua, tan grande que yo estaba convencido de poder extraviarme en ella en el transcurso de mis desobedientes incursiones a los pisos superiores.

Hoy existe aún; pero sobre ella pesan el silencio y el polvo del olvido, ya que no hay nadie que quiera habitarla con cariño.

Dos generaciones de marinos y de viajeros vivieron en ella, y, como el puerto está cerca, la llamada de las sirenas armoniza bien con las inmensas resonancias de los sótanos y los ecos empobrecidos de la calle sin alegría que es el Ham.

Elodie, nuestra anciana criada, que estableció para su uso particular un calendario de santos propicios a las fiestas y a los ágapes familiares, había canonizado, en cierto modo, a algunos de nuestros amigos y visitantes, y, entre ellos, el más aureolado de gloria fue sin duda mi tío Frans-Pieter Kwansuys.

Este hombre de bien y de alma grande no era tío mío, sino, todo lo más, primo lejano de mi madre. Sin embargo, su gloria, de darle ese nombre tan íntimo, recaía sobre nosotros.

Los días en que Elodie hacía pato asado o doraba a fuego lento los panecillos de melaza, él tomaba parte en el festín, porque era «de buen paladar» y discurría agradablemente a propósito de manjares, salsas y especias.

Frans-Pieter Kwansuys había vivido doce años en Alemania, se había casado allí y allí había enterrado, después de diez años de gran cariño, a su mujer y a su felicidad.

Se había traído, aparte de sus queridos recuerdos cuyo secreto guardaba celosamente, el amor a los libros y a la sabiduría: un discurso de Goethe; una excelente traducción de la *Jobsiade*, ese poema heroico-cómico de Zacharie, tan agradable que parece digno, por su humor y su inspiración, de Holberg; algunas páginas sueltas de la extraña novela picaresca de Christian Reuter, *Schelmuffski's Abenteuer*; un fragmento de un tratado de espagírica, de Kurt Auerbach, y algunas empalagosas imitaciones del *Tagebuch eines Beobachters seines selbst*, de Lovater.

Hoy, toda esa literatura polvorienta es mía, porque me la legó mi tío Kwansuys,

con la esperanza de que, un día, pudiese sacarle algún provecho.

¡Ay! No he respondido a esta última esperanza y solamente el grito desesperado de Goetz von Belichingen..., aquel formidable héroe de un siglo atormentado que el discurso de mi querido tío sobre Goethe sacó a luz de forma tan curiosa..., queda vivo en mi memoria:

«¡Escribir! Eso no es más que un ocio atareado...»

Por cinco veces, sirviéndose de lápices de colores diferentes, mi tío subrayó esta frase.

¡Silencio y polvo!.. ¡Qué difícil es animar todo esto!.. Y si lo hago, es por culpa de la señal que recibo desde el fondo de las tinieblas.

* * *

El tío Kwansuys vivía en una casa vecina a la nuestra, en ese largo y desagradable Ham, sempiternamente crepuscular.

Era menos grande que la nuestra, pero más oscura aún y más sonora durante los días de vendaval y lluvia.

Sin embargo, habíase sustraído al ambiente taciturno, a la frialdad de las «cocinas bodegas» y a la oscuridad de los pasillos, una habitación alta y clara, tapizada de amarillo, calentada por una espléndida estufa Marlbach e iluminada por una lámpara de doble mecha que bajaba de la moldura central del techo con ayuda de un triple cable dorado.

Durante el día, la masiva mesa ovalada desaparecía bajo los libros y las carpetas repletas de láminas; pero por la noche, a la hora de la cena, se cubría con un mantel blanco bordado en azul y naranja, y se cargaba de hermosa porcelana de Tournai y de cristal de Bohemia.

Se comían cosas exquisitas en aquellos platos y se bebían, en altas copas, vinos del Rin y del Bordelais.

Alrededor de esta mesa, el tío Kwansuys reunía amigos que le eran queridos por la atención y la gran admiración que prestaban a sus discursos. Aún los veo, felices de atracarse de pierna de cordero asada al ajillo, de pollo salado, de raya adobada y de pastel de oca; pero también satisfechos, al parecer, de escuchar las doctas palabras de su anfitrión.

Eran cuatro: monsieur van Piperzele, que era doctor en algo, aunque no en medicina; el dulce y tímido Finjaer; el grueso y plácido Binus Compernelle, y el capitán Coppejans.

Coppejans era ya tan capitán como Frans Kwansuys tío mío. Había navegado y poseía el título de capitán de barco de cabotaje. Elodie le consideraba como buen consejero y hombre de gran talento, lo cual continuó creyendo, sin sombra de pruebas.

Una noche en que monsieur van Piperzele cortaba la tarta de macarrones y el

capitán Coppejans escanciaba el ron, el *kummel* y el *chartreuse* verde en las copas, el tío continuó su discurso sobre Goethe en el punto en que lo interrumpiera la antevíspera, es decir, el día en que comieron la cabeza de ternera con salsa de tortuga.

«Continuó con la obra maestra de Goethe, el admirable Goetz von Berlichingen. Fue, pues, durante uno de los valerosos ataques de este hombre de honor contra el obispo de Bamberg, los mercaderes de Nuremberg o los burgueses de Colonia cuando Goetz perdió la mano derecha.

»Un hábil artesano en metales le hizo una mano de quintuples resortes con la cual podía seguir manejando la espada.»

En este punto, el dulce Finjaer intervino:

—Una obra maestra de la mecánica, diríase.

—Recuerdo —dijo el capitán Coppejans— que a mi timonel, Petrus D'hont, se le quedó aprisionado el puño entre el cabrestante y el cable de hierro, y la mano quedó cortada totalmente. Luego, llevaba un gancho de hierro; lo cual quiere decir que en nuestra época no se sabe hacer manos parecidas a la de Goetz.

El tío Kwansuys inclinó la cabeza en señal de condescendencia a esas vanas palabras.

—Recordad, amigos míos —dijo—, estas palabras dignas de la eternidad del bronce, con que acaba el drama de Goethe: «¡Hombre noble! ¡Hombre generoso! ¡Maldito sea el siglo que te ha rechazado!»

Al decir esto, mi tío se quitó las gafas y guiñó los ojos. El doctor van Piperzele, servil como de costumbre, le imitó, como si participase algún secreto con él.

—Este hermoso final, ¡ay!, no está de acuerdo con la verdad, y lo deploro —continuó el orador—. Goetz von Berlichingen, considerado como rebelde, fue encerrado en la cárcel de Augsburgo, en donde permaneció dos años. El emperador le concedió inmediatamente la libertad de retirarse a sus tierras y de vivir en el castillo de Juxthausen, a cambio de su palabra de caballero de no salir jamás de sus dominios ni de volver a tomar las armas en provecho del partido que fuese.

»Quince años más tarde, Carlos Quinto le relevó de su promesa, y Goetz, ebrio de felicidad, siguió al emperador a Francia, España y los Países Bajos. Tras la abdicación del soberano en Yuste, Goetz retornó a Alemania, donde murió siete años después.

»Ahora bien...»

Nuevo guiño, imitado por monsieur van Piperzele.

—¡Después de su estancia en los Países Bajos, Goetz no llevaba ya su mano de hierro!

—Se encuentra —comenzó a decir Finjaer— en el museo de...

Mi tío Kwansuys le impuso silencio:

—De Nuremberg, de Viena o de Constantinopla... ¿Qué importa? Puesto que sólo es un guantelete sin vida colocado dentro de una urna de cristal. Esta mano, la verdadera, que permitía a Goetz sostener la espada y hasta la pluma de ave, se perdió

o la robaron en...

Alzó la mano y sus ojos arrojaron llamas.

—...en Gantes, la ciudad maravillosa de Carlos Quinto, donde Goetz von Berlichingen permaneció al lado del emperador. Es allí donde se encuentra aún y es allí, por tanto, donde yo iré a buscarla.

* * *

No se puede negar a Frans-Pieter Kwansuys, a falta de una verdadera erudición, el espíritu testarudo de la búsqueda o investigación benedictina. Los papeles que yo he examinado después de su muerte me lo demuestran. Pero sus investigaciones me parecieron bastante inútiles, sin un fin determinado, hechas al azar de los hallazgos de biblioteca.

Transcribió una parte de los tres volúmenes del valiente escritor flamenco Degraeve, quien trató de demostrar, de la forma más seria del mundo, que Homero y Hesiodo eran originarios de Flandes, y quien tradujo del latín, con textos originales a la vista, la disertación del doctor flamenco Paschasius Justus sobre «los juegos de azar y la enfermedad de jugarse el dinero».

Paschasius... Paschasius —le he oído murmurar alguna vez—, ese espíritu curioso del siglo dieciséis, nos hubiese dejado numerosos escritos si el miedo a la hoguera no hubiese obsesionado sus días y sus noches. Adoptó ese nombre por admiración hacia Paschase Radbert, cura de Corbie en el siglo noveno, autor de muy hermosas páginas de Teología. ¡Ah, mi dulce Paschasius!.. ¡Oh, mi viejo amigo, perdido en los siglos huidos!.. ¡Ayúdame, socórreme!..

No puedo decir de qué forma la sombra evocada del doctor magnífico acudió en ayuda de mi tío durante la fatal búsqueda de la mano de hierro. Pero es seguro que tuvo que jugar en ello un papel importante.

En el transcurso de la semana que siguió a la memorable noche del discurso, el tío Kwansuys convirtió una parte de las «cocinas-bodegas» en laboratorio. Sólo se le permitía la entrada en ella al tímido Finjaer, porque no cuento mi propia presencia en esos lugares misteriosos, considerada sin duda sin importancia.

Es cierto que me hacía útil accionando un pequeño fuelle de forja que hacía elevarse llamas azules sobre el lecho de brasas de un hornillo.

Hacía frío en aquel antro de dudosa ciencia, y los vapores que exhalaban las probetas de grueso cristal olían mal; pero el rostro de mi tío era grave y las sonrosadas mejillas de monsieur Finjaer brillaban de sudor con frecuencia, a pesar de la baja temperatura. Un día, al cabo de cuatro horas, una bola de cristal olía mal; pero el rostro de mi tío, de un hermoso color verde dorado, se elevó hasta el techo.

Monsieur Finjaer lanzó un grito de terror.

—Mire... Oh, mire...

Yo veía mal porque estaba sentado a contraluz, al lado de mi fuelle, pero me pa-

recía que el humo verde había tomado una forma precisa.

—Una araña... No, un cangrejo que corre por el techo— exclamé con horror.

—¡Cállate, pequeño imbécil!— rugió el tío Kwansuys.

La forma se fundió rápidamente y no fue más que un humo en el techo, pero yo vi que el tío y monsieur Finjaer sudaban la gota gorda.

—¡Cuando yo se lo decía, Finjaer!.. ¡Los escritos de estos sabios antiguos no mienten jamás!

—Ha desaparecido— murmuró el bonachón de Finjaer.

—No era más que su sombra, pero ahora sabemos...

No dijo lo que sabía ni Finjaer le hizo ninguna pregunta.

Al día siguiente se cerró el laboratorio y yo recibí el fuelle de forja, regalo que no debió gustarme nada, porque lo vendí por ocho pesetas a un estañador.

El tío Kwansuys me quería mucho; acaso apreciaba los pequeños servicios que yo le prestaba, exagerando su importancia.

Como no andaba bien..., sufría de debilidad en una pierna, la izquierda, y más adelante me enteré de que padecía de una enfermedad que se llama planofobia..., le acompañaba durante sus breves y raras salidas. Se apoyaba pesadamente en mi hombro y, al cruzar las calles y las plazas, siempre con la mirada fija obstinadamente en el suelo, se dejaba conducir como un ciego. Mientras andábamos, me largaba discursos sobre temas doctos y aprovechables sin duda, de los que lamento mucho haber perdido su recuerdo.

Poco tiempo después del cierre de la bodega-laboratorio y de la venta del fuelle de forja, me rogó que le acompañara a la ciudad. Acepté de buen grado, porque ese servicio me dispensaba de media jornada de clase; los ruegos del tío Kwansuys, eran, además, órdenes para los míos, excelentes personas que vivían con la esperanza de futuras herencias.

Mi antigua y huraña ciudad se arropaba, aquel día, en un manto de bruma y de llovizna. El agua del cielo hacía un ruido atareado de ratón sobre la bóveda de algodón verde del inmenso paraguas que yo sostenía con el brazo extendido por encima de nuestras cabezas.

Seguíamos por calles lúgubres, atravesando lívidas praderas de lavaderos, provistas de arroyuelos de agua jabonosa y opalina.

—¡Y decir que este pavimento que pisoteamos ha sonado bajo las pisadas de los caballos de Carlos Quinto y de su fiel Goetz von Berlichingen!.. —exclamó mi tío—. ¡Ah!.. Donde las torres se desplomaron envueltas en ceniza y polvo, los adoquines quedaron. Acepta la lección de ello, pequeño mío, pensando que todo lo que se mantiene cerca del suelo tiene la vida larga y dura, y lo que afronta la gloria del cielo está próximo a la muerte y al olvido.

Cerca de la Grauwpoorte, se detuvo para respirar, poniéndose a examinar atentamente las fachadas decrepitas de las casas.

—¿La casa de las señoras Chouts?— preguntó, parándose junto a un portador

de pan.

El hombre dejó de silbar una picaresca melodía que hacía más llevadero su triste recorrido.

—Allí, aquella casa con las tres feas cabezas sobre la puerta. Y es cierto que las que están detrás son más feas todavía.

A nuestro campanillazo, la puerta se entreabrió y una nariz roja apareció en la abertura.

—Deseo hablar con las señoras Chouts— dijo mi tío, quitándose cortés el sombrero.

—¿A las tres?— preguntó la nariz roja.

—Claro que sí.

Nos hicieron pasar a un vestíbulo amplio como una calle y negro como una forja, que se llenó inmediatamente de tres sombras más negras aún.

—Si es para vender algo...— clamaron en coro voces agudas.

—Por el contrario, yo deseo comprar algo que perteneció al difunto escudero Chouts, de grata memoria— respondió amablemente mi tío.

Tres sucias cabezas de lechuza surgieron de la oscuridad.

—Podría tratarse —repuso el coro—, aunque no estamos dispuestas a vender nada.

Yo estaba inmóvil al lado de la puerta, con náusea en los labios, porque un espantoso olor a bazofia y encebollado invadía el pasillo. Y es así como las palabras que el tío pronunció a continuación en tono muy bajo y muy rápido se perdieron para mí.

—Entre —aceptó el coro—. El joven esperará en el locutorio.

Pasé una hora interminable en una habitación minúscula de alta ventana de medio punto, cuyos cristales estaban oscurecidos por un adorno bárbaro, acompañado de un sillón de rotén, una rueda de madera negra y de una chimenea roja de moho húmedo.

Aplasté siete cucarachas que marchaban en fila india sobre el pavimento azul, pero no pude alcanzar a las que caminaban alrededor de un espejo brillante que lucía en la penumbra como agua fétida de pantano.

Cuando el tío Kwansuys regresó, su cara estaba roja como si hubiese estado sentado al lado de un horno al rojo vivo. Las tres cabezas de lechuza le escoltaban maullando cortesías dislocadas.

Ya en la calle, el tío se volvió hacia la fachada de las tres máscaras y su rostro tomó una expresión de desprecio y rencor.

—Necias... Brujas del diablo— gruñó.

Me alargó un paquete envuelto en duro papel gris.

—Llévalo con cuidado, pequeño. Es un poco pesado.

Era muy pesado y, a todo lo largo del camino, la cuerda que rodeaba el paquete me hacía daño en los dedos.

Mi tío me acompañó a nuestra casa, porque según Elodie, era un día santo y se

festejaba comiendo barquillos con mantequilla y bebiendo chocolate en anchas tazas de color azul y rosa.

El tío Kwansuys, en contra de sus costumbres, estaba triste y taciturno. Y comía sin ganas. No obstante, un fulgor de alegría danzaba en sus ojos.

Elodie engrasaba el molde caliente y vertía en él la pasta de crema, de donde surgían los grandes barquillos cuadrados. De repente, movió la cabeza, rabiosa.

—Ya hay otra vez ratas en la casa —gruñó—. ¡Escuchen a las asquerosas bestias!

Dejé mi cuchara con terror al oír un repentino ruido de papel estrujado y roto.

—No sé de dónde puede venir eso —continuó Elodie, dejando errar su mirada por la cocina—. Ese espantoso ruido.

El ruido procedía de un trincherero, que servía para poner todos los objetos que, de momento, no se usaban. Pero aquel día estaba vacío. Sólo el paquete envuelto en papel gris se encontraba allí.

Yo iba a hablar cuando los ojos de mi tío se fijaron sobre mí: eran extrañamente elocuentes y leí en ellos una intensa súplica.

Me callé y Elodie no insistió.

Pero yo sabía que el ruido procedía del paquete y hasta vi...

Algo vivía en la prisión de papel y de cuerdas, algo que buscaba la forma de evadirse a fuerza de lentas dentelladas y arañazos.

* * *

A partir de aquel día, mi tío y sus amigos se reunieron todas las noches, pero yo no asistí siempre, porque no me admitían a esas conferencias, que eran muy serias y sin gran alegría epicúrea.

Llegó la noche de Saint-Eloi, que es también la de Sainte-Philarète.

—Philarète había recibido de Dios y de la Naturaleza todo cuanto puede hacer agradable y hermosa la vida —decía mi tío—. Y hay que amar a Saint-Eloi por la alegría que nos proporcionó el buen rey Dagoberto. Sería injusto, pues, no celebrar como es debido una doble fiesta semejante.

Se comió pastel de anchoas, faisanes rellenos de tocino fino, pava trufada, jamón de Mayence con gelatina, y los cinco amigos bebieron grandes cantidades de vino extraídos de honorables botellas selladas con lacre de diferentes colores.

A los postres, compuestos de pasteles de crema, mermelada, mazapán y pan de higo, el capitán Coppejans reclamó un ponche.

Este humeó en las copas de cristal y los espíritus se llenaron de brumas. Binus Compennolle se escurrió de su silla y se dejó conducir al sofá, donde se durmió inmediatamente, y el bonachón de Finjaer quiso cantar un aria de ópera antigua.

—Se trata de la Vestal de Spontini, que quiero sacar del olvido —declamó—. ¡Es preciso que repare esta injusticia!

No cantó. Pero un instante después se puso en pie, gritando:

—¡Quiero verla! ¿Me oye usted, Kwansuys? ¡Quiero verla! ¡Tengo derecho a verla! ¡Le he ayudado a encontrarla!

—¡Cállese, Finjaer! —gritó, colérico, mi tío—. ¡Está usted borracho!

Pero el buen Finjaer no le escuchaba apenas y abandonó bruscamente la habitación.

—¡Deténganle! ¡Va a cometer una tontería!— gritó mi tío.

—Sí. ¡Deténganle, porque lo hará!— aprobó el doctor von Piperzele, con la boca pastosa y los ojos extraviados.

Se oyeron los pasos de Finjaer perderse por el piso, y mi tío se lanzó en su persecución, arrastrando, muy a disgusto, según me pareció, al servil van Piperzele en su marcha.

El capitán Coppejans se encogió de hombros, vació su copa de ponche, la llenó de nuevo y atascó la pipa.

—¡Tonterías!..— murmuró.

Entonces se oyó un grito de terror y sufrimiento, seguido de clamores y del ruido de caída.

Oí gritar a Finjaer:

—Me ha picado... Me ha cortado el dedo... ¡Oooh!

Y al tío gemir:

—Se ha ido... ¿Cómo encontrarla de nuevo, Dios mío!

Coppejans sacudió la ceniza de su pipa, se puso en pie y, abandonando el comedor, subió trabajosamente la escalera de caracol que conducía al hermoso piso. Le seguí, curioso y ansioso a la vez, al interior de una habitación que me fue desconocida hasta aquel día.

Estaba casi desprovista de muebles, y vi a mi tío, al doctor Piperzele y a monsieur Finjaer agrupados en torno a una gran mesa central.

Finjaer estaba blanco como un sudario y su boca se retorció de dolor. Su mano derecha colgaba, roja de sangre.

—¡La abrió usted!— decía mi tío con voz aterrada.

—Quería mirarla más de cerca —lloriqueó el bondadoso Finjaer—. ¡Oh, mi mano!.. ¡Oh, cómo me duele!

Entonces vi, colocada sobre la mesa, una cajita de metal, que me pareció pesada y sólida. La tapa estaba levantada y la cajita vacía.

* * *

El día de San Ambrosio yo estaba enfermo, como todos los niños golosos, porque el día anterior, por ser San Nicolás, se atiborran de dulces, pasteles y otras chucherías.

Tuve que levantarme por la noche, con la boca amarga, el vientre descompuesto y grandes ganas de vomitar. Pasado el malestar, miré por la ventana hacia la calle oscura y llena de viento, invadida por el silencio.

La casa de mi tío Kwansuys estaba casi enfrente de la nuestra y me quedé asombrado al ver, a aquella hora avanzada, los estores de su dormitorio manchados de luz amarilla.

"Está enfermo como yo", me dije, recordando con gran amargura la gran cantidad de pan de higo que había recibido entre mis regalos de San Nicolás.

Y de pronto me eché hacia atrás, ahogando un grito de espanto.

Una pequeña sombra veloz corría sobre el estor, la sombra odiosa de una araña gigantesca.

Subía, bajaba, corría de acá para allá en círculo, y, de pronto, dio un salto, desapareciendo de mi campo visual.

Al otro lado de la calle se elevaron entonces voces de auxilio, aterrorizadas, que, sacudiendo el inmenso sueño del Ham, hicieron que se abrieran las ventanas de las casas y después las puertas.

Esa fue la noche que encontraron a mi tío Frans-Pieter Kwansuys degollado en su cama.

Según me contaron después, tenía la garganta destrozada y la cara arañada espantosamente.

* * *

Heredé del tío Kwansuys, pero, naturalmente, era demasiado joven para entrar en posesión de los bienes bastante estimables que me dejaba.

Sin embargo, por deferencia hacia mi título de futuro propietario, me dejaron vagar por la casa el día que los abogados hicieron allí el inventario.

Encontré el laboratorio frío, negro y ya cubierto de polvo, y me dije que cualquier día quizá encontrara placer en continuar el juego misterioso de las probetas y de los hornillos del pobre espagirista.

De repente se me cortó la respiración, los ojos fijos en un objeto agazapado entre dos matraces de cristal, en un rincón.

Era un grueso guante de hierro oscuro, que me parecía untado de grasa.

Entonces de la bruma de mis recuerdos surgió un pensamiento claro, venido de no sé dónde: la mano de hierro de Goetz von Berlichingen.

Sobre la mesa se encontraba una de esas gruesas pinzas que sirven para agarrar las retortas calientes.

Me apoderé de él y levanté el guantelete. Era tan pesado que mi mano se curvó hacia el suelo.

La ventana de la cueva, que se abría a ras del suelo de la calle, daba a un canal de aguas profundas que iba a desembocar más lejos, en el Pas de la Lavandería.

Con el brazo extendido llevé allí mi siniestro encuentro. Pero entonces tuve que hacer grandes esfuerzos para no gritar de terror abominable. La mano de hierro se puso a retorcerse con furia, mordiendo las pinzas de madera, cuyas astillas saltaron,

y tratando de agarrarme los dedos. Se convulsionó horrorosamente en un gesto de amenaza cuando yo la mantuve encima del agua.

Cayó en ella con un ruido enorme, y durante largos minutos, gruesos borbotes agitaron la onda tranquila, como si una respiración monstruosa terminara allí en medio de la desesperación y el sufrimiento.

* * *

No me queda mucho más que añadir a la extraña y terrible historia de mi querido tío Kwansuys, que continuó llorando con toda mi alma.

No volví a ver más al capitán Coppejans, que volvió al mar y cuyo barco se fue a pique, una noche de tempestad, en los Wadden de la Frise.

La herida del bondadoso monsieur Finjaer se gangrenó. Hubo que amputar la mano y luego el brazo, lo que no le salvó, porque al poco tiempo moría después de enormes sufrimientos.

Binus Compernelle, convertido en valetudinario muy rápidamente, no abandonó ya su lejana mansión del Muide, donde no recibía a nadie, tan triste y sucio estaba. En cuanto al doctor van Piperzele, al que vi algunas veces, afectó no conocerme ya.

Diez años más tarde se hicieron trabajos en el canal de Pas y dos obreros perdieron allí la vida de una forma que aún continúa siendo inexplicable.

Hacia la misma época, tres crímenes, que quedaron impunes, ensangrentaron la calle Terre-Neuve, próxima al Ham. Se había construido allí una hermosa casa nueva por cuenta de tres hermanas, que la habitaron en cuanto se marcharon los constructores. A las tres se las encontraron estranguladas en su cama.

Eran las ancianas señoras de Chouts, cuyo conocimiento hice en época lejana.

Abandoné la casa del Ham, donde la muerte había entrado y de donde había huido toda alegría. Allí dejé todo lo que me quedaba de la herencia de mi tío: un busto de yeso de un guerrero romano con cota de malla. Pero me llevé sus escritos, que aún hojeo buscando algo; pero ¿qué?

El Salterio de Maguncia

LAS personas que van a morir dan, en general, poca forma a sus últimas palabras. Presurosas de resumir toda su vida, someten sus frases a una concisión rigurosa.

Sin embargo, en la cabina del radiotelegrafista de la trainera *Nord-Caper*, de Grimmsby, Ballister iba a morir.

En vano habíase tratado de cegar las vías rojas por donde su vida se escapaba. No tenía fiebre. Su forma de hablar era igual y rápida. No parecía ver los trapos ni la cubeta ensangrentados: su mirada seguía imágenes lejanas y horribles.

Reines, el radiotelegrafista, tomaba notas.

Reines ocupa sus menores minutos de ocio en escribir cuentos y ensayos para efímeras revistas literarias; tan pronto como una de ellas nace en Paternóster Raw, téngase por seguro que se leerá el nombre de Archibald Reines entre sus colaboradores.

No se asombren, pues, del sesgo un poco especial dado a este monólogo final de un marinero herido de muerte. La culpa de ello la tuvo Reines, literato sin gloria, que lo ha transcrito. Pero lo que yo certifico es que los hechos que aquí se narran son tales como Ballister los declaró ante cuatro miembros de la tripulación del *Nord-Caper*: el patrón, Benjamín Cormon; John Coperland, segundo de a bordo y maestro de pesca, servidor de ustedes; Ephrain Rose, mecánico, y Archibal Reines, ya nombrado.

Ballister habló así:

—Fue en la taberna del Coeur Joyeux donde me reuní con el maestro de escuela, donde se debatió el caso y donde él me dio las órdenes.

El Coeur Joyeux es una posada de barqueros más que de marineros. Su miserable fachada se refleja en un puerto trasero de Liverpool, donde se amarran las pinazas de las aguas interiores.

Yo miraba el plano perfectamente dibujado de una pequeña goleta.

—Es casi un yate —dije— preparado para navegar mucho. Y esta popa bastante ancha, para los vientos de cara, nos permitirá maniobrar bien.

—Además, tiene un motor auxiliar— dijo.

Hice una mueca, porque siempre me ha gustado la navegación a vela por deporte y por mi inmenso amor al mar.

—Astilleros Halett y Halett, Glasgow —dije—, año de construcción mil novecientos nueve. Un conjunto admirable. Con seis hombres, sesenta toneladas se mantendrán en el mar mejor que un paquebote.

Puso cara de satisfacción y pidió bebidas escogidas.

—¿Por qué le ha quitado el nombre de *Hen-Parrot*? —le pregunté—. Es un nombre simpático. Un volátil y un pájaro que siempre me han agradado mucho⁽¹⁾.

—Pues..., es un asunto de... corazón, de gratitud, si lo prefiere mejor— me respondió.

—Así, pues, el barco se llamará *El salterio de Maguncia*. Muy extraño... Pero, en

el fondo, es original.

El alcohol le hizo un poco más locuaz:

—No se trata de eso —dijo—. Hace un año, un tío abuelo mío murió y me dejó de herencia una maleta llena de libros viejos.

—¡Bah!

—¡Escuche! Los revolví sin gran entusiasmo. De pronto, uno de ellos atrajo mi atención: era un incunable...

—¡Cómo dice?

—Un incunable —repitió—. Se trata —continuó, con un poco de superioridad— de un libro que data de los primeros años de la imprenta. ¡Y cuál no sería mi estupor cuando reconocí la marca casi heráldica de Fust y de Schaeffer! Estos nombres no le dirán nada a usted, sin duda. Fueron los socios de Gutenberg, el inventor de la imprenta, y el libro que yo tenía entre las manos no era otro que un ejemplar rarísimo y espléndido del famoso *Psautier de Mayence* (El salterio de Maguncia), impreso hacia finales del siglo quince.

Presté una cortés atención, dando a mi cara una expresión de falsa comprensión.

—Lo que le impresionará más, Ballister —continuó—, es que tal libro valía una fortuna.

—¡Oh, oh!— exclamé, interesado de pronto.

—Sí, un buen paquete de libras esterlinas, lo bastante grueso para adquirir el antiguo *Hen-Parrot* y pagar espléndidamente una tripulación de seis hombres para que hagan la travesía que yo quiero realizar. ¿Comprende usted ahora por qué quiero dar un nombre tan poco marinero a nuestra embarcación?

Le comprendía perfectamente y le felicité por su grandeza de alma.

—Sin embargo —objeté—, encontraría más lógico que le hubiese dado el nombre de ese querido tío de la herencia.

Estalló en una carcajada desagradable, y me callé, desconcertado por tal inconveniencia, procedente de un hombre instruido y educado.

—Partirá usted de Glasgow —dijo— y conducirá el barco por el North-Minch, hasta el cabo de Wrath.

—Malos parajes— dije.

—Los he elegido porque usted los conoce, Ballister.

Decir de un marino que él conoce ese horrible pasillo de agua que es el estrecho de North-Minch es la mejor alabanza que se le puede hacer. Mi corazón se estremeció de gozoso orgullo.

—Eso es verdad —respondí—. Una vez estuve a punto de dejar la piel entre el Chicken y el Tiumpán Head.

—Hay al sur del Whath —continuó— una pequeña bahía, muy resguardada, que sólo conocen algunos arriesgados compañeros bajo un nombre que no figura en ningún mapa: Big Toe.

Le eché una mirada de admiración y de asombro.

—¿Conoce usted eso? —pregunté—. ¡Diablo!.. He aquí algo que le valdría gran consideración entre los aduaneros y, probablemente, puñaladas de ciertos mozos de la costa.

Tuvo un gesto de indiferencia para mis palabras.

—Me incorporaré a bordo en Big Toe.

—¿Y desde allí..?

Me indicó una dirección Oeste exacta.

—¡Hum! —exclamé—. Un rincón feo, un verdadero desierto de agua sembrado de pitones rocosos. No veremos mucho humo en su horizonte.

—Eso es lo que pretendo— dijo.

Guiñé un ojo, creyendo comprender.

—A mí sus asuntos no me interesan —dije— desde el momento en que va a pagarme como ha dicho.

—Creo que está usted un poco equivocado respecto a mis asuntos, Ballister. Tienen un carácter... digamos... más bien científico; pero son de tal categoría que no quiero que los presencie ni me los robe ningún envidioso. Poco importa lo demás. Pago como he dicho: espléndidamente.

Bebimos durante algunos minutos.

Me sentía un poco herido en mi dignidad de hombre de mar al tener que reconocer que una tabernucha de chapoteadores de agua dulce, como era el Coeur Joyeux, sirviera bebidas tan confortables.

Después, cuando abordamos la cuestión de la tripulación, nuestra charla derivó por caminos extraños.

—Yo no soy marino —dijo, con brusquedad—. No cuente, pues, conmigo para ninguna maniobra. Pero llevaré el mando. Soy maestro de escuela.

—Respeto mucho el saber —dije—, pero yo tampoco carezco de él en absoluto. ¿Maestro de escuela? ¡Perfecto, perfecto!..

—Sí, en el Yorkshire.

Tuve un rasgo de buen humor.

—Eso me recuerda a Squeers —dije—, el maestro de escuela de Greta-Bridge, en el Yorkshire, de la novela de Dickens *Nicholas Nickleby*. Usted no tiene el tipo de ese mal hombre, sino más bien... ¡Veamos! Déjeme pensar un momento...

Miré largo rato su carita huesuda y obstinada, su hermosa y abundante cabellera, sus ojos de mono, su traje raído, pero limpio...

—¡Ya caigo! —exclamé—: Headstone, de *L'ami commun*.

—¡Al diablo! —gruñó, un poco molesto—. No estoy aquí para oírle decir cosas desagradables de mi persona. Guárdese sus recuerdos literarios para sí, monsieur Ballister. Necesito un marino, no una biblioteca. Para los libros, acudo siempre a una.

—Perdón— respondí, vejado, porque, por lo general, mis lecturas me colocan en el medio en que yo vivo—. Yo no soy un bruto y usted no es el único que ha recibido instrucción. Tengo mi título de capitán de barco de cabotaje.

—Admirable— dijo, como si se burlara.

—Si no fuera por aquella estúpida historia de robo de cables y sebo, que cometí por bien poca cosa, no estaría aquí discutiendo el sueldo de patrón de un sucio barcucho de sesenta toneladas.

Se dulcificó un poco.

—No he querido humillarle —dijo, amable—. Ser capitán de barco de cabotaje es algo.

—En efecto: matemáticas, geografía, hidrografía de las costas, astronomía... No puedo evitar el repetir una frase de Dickens: *¡Todo en... Ballister!*

Esta vez, se echó a reír alegremente.

—No le he pagado lo que usted vale, Ballister. ¿Repite del *whisky*?

Era mi punto flaco.

Sonreí a mi vez.

Colocaron una nueva botella sobre la mesa y la desarmonía desapareció como por encanto.

—Volvamos al asunto de la tripulación —dije—. Escuche: está Turnip. Es un apellido extraño, pero quien lo lleva es un buen muchacho y mejor marinero. En su pasado..., hum..., hay un caso de muerte... muy próxima. ¿Es un inconveniente?

—En absoluto.

—Perfecto, entonces. Lo contratará por un sueldo razonable, sobre todo si embarca usted un poco de ron. ¡Oh! Ron barato, él no mira la calidad siempre que la cantidad sea abundante. Está también Steevens, el flamenco. No habla nunca, pero a él le gusta tanto romper una cadena de amarre como a usted morder un trozo de tubo de una pipa de Holanda.

—También una ridícula historia de muerte, ¿verdad?

—Pues no... Pero no sería improbable algo equivalente.

—Vaya por... ¿Cómo dice que se llama?

—Steevens.

—Steevens... ¿Caro?

—En absoluto. Se le convence con tocino salado y galletas. Y el jamón curado, si lo compra usted para las provisiones de a bordo.

—Media tonelada, si quiere usted.

—Será su esclavo. Ahora podría proponerle Walker, pero es muy feo.

—¡Es usted un humorista. Ballister!

—Es que su cara, donde falta la mitad de la nariz, un poco de barbilla y una oreja entera, no es muy agradable de mirar para quien no está acostumbrado al museo de horrores de madame Tussaud. Sobre todo que esa operación fue hecha un poco a la ligera, por marineros italianos que estaban con mucha prisa.

—¿Y además de ese, mi querido amigo?

—Dos excelentes muchachos también: Jellewyn y Friar Tuck.

—¡Walter Scott después de Dickens!

—No quería decirlo, pero puesto que usted lo ha indicado... Pues bien, Friar Tuck. No le conozco más que ese nombre. Es un poco cocinero, una especie de Maître Jacques del mar.

—Es magnífico —dijo—. Monsieur Ballister, no puedo felicitarle bastante de haber encontrado un hombre tan inteligente y culto como usted.

—Jellewyn y Friar Tuck no se separan jamás. Quien ve al uno, ve al otro; quien contrata al uno, contrata al otro al mismo tiempo. Son seres complementarios.

Me incliné hacia él como para hacerle una confidencia.

—Individuos un poco misteriosos. Se dice que Jellewyn tiene sangre real en sus venas y que Friar Tuck sería, por tanto, un mayordomo leal que le sigue por todas partes en la desgracia.

—El sueldo estará en proporción a ese misterio, ¿no?

—Exactamente. Hay razones para creer que ese príncipe destronado ha conducido su automóvil en su tiempo. Es, pues, el más a propósito para ocuparse de su motor auxiliar.

Fue en ese momento cuando ocurrió un pequeño intermedio bastante incoherente en cuanto a la marcha de las cosas de este relato, pero que recuerdo con cierto malestar.

Un pobre diablo acababa de entrar en la taberna, empujado por el viento nocturno. Era una especie de payaso enflaquecido, empapado por la lluvia; un verdadero desecho humano, lavado y desteñido por todas las miserias del mar y de los puertos.

Pidió una copa de ginebra y se la llevó a los labios con ansiedad. De pronto, oí un ruido de cristales rotos y vi al payaso, con las manos en el aire, mirar a mi compañero con un terror indecible. Luego, de un salto, ganó la borrasca exterior sin recoger el cambio de la media corona que había depositado sobre el mostrador. Yo no creo que el maestro de escuela se diese cuenta del incidente; por lo menos, no lo demostró. Pero yo me pregunto aún qué razón formidable empujó a aquel pobre entre los pobres a perder su dinero, a regar el suelo con su ginebra y a huir a la calle glacial, cuando en el bar hacía una temperatura ideal.

* * *

A los primeros días de una primavera extremadamente agradable, el estrecho de North-Minch se abrió ante nosotros como un fraternal abrazo.

Algunas corrientes rabiosas se desplegaban aún solapadamente, pero se las detectaba en sus olas verdes, onduladas como troncos de reptiles mutilados.

Una de esas curiosas brisas del Sudeste, que no soplan más que desde un ángulo, nos trajo, desde doscientas millas más allá, el perfume de las primeras florescencias y de las lilas precoces de Irlanda y ayudaron al motor auxiliar a empujarnos hacia el Big Toe.

Allí, claro está, el modo y la canción cambiaron.

Los remolinos se hundían en el agua, silbando como sirenas de vapor. Nosotros los evitábamos con gran trabajo. Un *derelict*, verde como un banco de césped, arrancado de lo más profundo del Atlántico, surgió casi de debajo de la sobarba de nuestro navío, y fue a estrellarse, en un sombrío sol de podredumbre, contra una muralla de rocas.

Veinte veces estuvimos a punto de ver *El salterio de Maguncia* desmantelado como si una navaja gigantesca le hubiese pasado por encima. Afortunadamente, se trataba de un magnífico velero. Capeaba el temporal con una elegancia propia de un verdadero *gentleman* del océano. Una calma de algunas horas nos permitió poner el motor auxiliar a toda marcha y franquear el minúsculo paso del Big Toe, en el preciso momento en que una nueva cólera de la marea acudía en nuestra estela, en un polvo verde de agua flagelada.

—Nos encontramos aquí en mar poco hospitalario —había confiado a mis hombres—. Si los guardias de la costa nos encuentran, tendremos que dar explicaciones, y, como antes de haber comprendido, tratarán de que nos marchemos, será preciso que nos ayudemos con armas convenientes.

En efecto, los guardias de la costa hicieron su aparición, pero fue para desgracia suya, aunque aquello nos pareció tan turbador como incomprensible.

* * *

Hacia ocho días que habíamos anclado en aquella pequeña bahía, más tranquila que un estanque de patos.

La vida nos era agradable.

El aprovisionamiento del barco en comestibles y en bebidas era digno de un yate de fama.

En doce brazadas a nado o en siete remazos de barca se abordaba una playita de arena rojiza donde manaba un arroyuelo de agua dulce, helado como un verdadero Schweppes.

Turnick se dedicaba a la pesca; Steevens se adentraba en el *hinterland*, formado de landas salvajes y desiertas. A veces, siguiendo los caprichos del viento, se oían los latigazos de su escopeta.

Traía perdices, gallos silvestres, a veces una liebre de potentes patas y siempre deliciosos conejos de los matorrales, de carne perfumada.

El maestro de escuela no apareció.

Nos preocupamos poco de eso. Nos habían entregado de antemano una paga de seis semanas en buenos billetes de una libra y de seis chelines. Y Turnick afirmaba que él no desaparecería más que con la última gota del ron de a bordo.

Una mañana las cosas se echaron a perder.

Steevens acababa de llenar un tonel de agua fresca, cuando un sonido agudo vibró por encima de su cabeza y, a unos centímetros de su cara, un trozo de roca saltó

hecho añicos. Steevens era un hombre flemático. Sin darse prisa, entró en la ensenada, observó un hilillo de humo azul que se elevaba de una fisura de la roca, desdeñó los disparos agresivos que golpeaban la superficie del agua a sus costados y alcanzó tranquilamente a nado el navío. Entró en la cabina donde la tripulación se hallaba medio dormida y dijo:

—Están disparando contra nosotros.

Dos, tres golpes secos contra los flancos de nuestro barco corroboraron su frase. Yo descolgué un mosquetón del armero y subí al puente.

Hice un saludo instintivo a la bala que pasaba. Un segundo más tarde, un puñado de astillas de madera saltó en el aire y el rodillo de bronce del palo de cangreja sonó cuando se aplastó contra él un lingote de plomo.

Alcé mi escopeta hacia la fisura de la roca que Steevens me indicaba y de donde salían las copiosas humaredas de una anticuada pólvora negra, cuando el tiroteo cesó repentinamente y fue reemplazado por vociferaciones y gritos de pavor.

Un golpe sordo sonó lúgubrementemente en la playa rojiza.

Me tambaleé horrorizado: un hombre acababa de aplastarse allí, al caer de una altura de noventa metros, desde el acantilado en pico. Su cuerpo destrozado se hundió casi por completo en la arena. Reconocí en él el basto traje de cuero de los piratas provocadores de naufragios del cabo Wrath.

Mis ojos se apartaron apenas de la masa inmóvil y manchada cuando Steevens me tocó en el hombro.

—Una segunda persona viene— dijo.

Una forma dislocada y ridícula caía desde lo alto del cielo al suelo. Aquello se asemejaba a la caída desarticulada y precipitada de los enormes pájaros que el plomo ha herido a gran altura, los cuales, vencidos por el peso y traicionados por el aire, se derrumban sin prestigio.

Por segunda vez la arena sonó con ruido atroz y pesado. Esta vez, una figura patibularia se estremeció durante algunos segundos entre grandes remolinos púrpuras, cara al sol.

Steevens levantó lentamente la mano hacia la cresta del acantilado.

—Otro más— dijo, con voz ligeramente alterada.

Aullidos salvajes resonaron en lo alto de las rocas. Inmediatamente vimos el busto de un hombre dibujarse en el cielo, debatirse contra algo invisible, hacer un gesto desesperado y luego volar por los aires como lanzado por una catapulta. Su cuerpo se estrelló al lado de los otros dos cuando su grito aún sonaba en el ambiente, descendiendo hacia nosotros en un lento eco de desesperación.

Permanecimos inmóviles.

—Es lo mismo —dijo Jellewyn—. Ellos querían nuestra piel; sin embargo, me gustaría vengar a esos pobres diablos. ¿Quiere prestarme su mosquetón, monsieur Ballister?.. Friar Tuck, ven aquí.

La cabeza rapada del interpelado emergió de las profundidades del navío.

—Friar Tuck vale lo que un perro de caza —explicó Jellewyn, con un poco de condescendencia—. O, mejor dicho, vale como diez. Huele la caza desde muy lejos. Es un fenómeno. ¿Qué piensas tú de esta caza, viejo?

Friar Tuck desplegó su redondeada y masiva figura y rodó más que marchó hacia el barandal del puente.

Su mirada aguda escrutó los aplastados cadáveres, dio un profundo suspiro de asombro y un tinte terroso invadió su cara.

—Friar —dijo Jellewyn con sonrisa nerviosa—, tú has visto muchos otros; sin embargo, has palidecido como una jovencuela.

—¿Eh?.. No —respondió sordamente el marinero—. No es eso... Hay algo feo allá. Hay...

De repente, gritó:

—Tire sobre el boquete, monseñor... ¡Allí, allí!.. ¡Rápido!

Jellewyn se volvió furioso:

—Tuck, te he prohibido que me des ese condenado apelativo.

El hombre reprendido no respondió. Movi6 la cabeza.

—Demasiado tarde —dijo—. Ha pasado.

—¿Qué?— pregunté.

—Pues... lo que espiaba dentro del boquete— dijo, tontamente.

—¿Qué era?

Friar, Tuck me echó una mirada solapada.

—No lo sé. Además, ha pasado.

No pude continuar con mi interrogatorio. Dos silbidos estridentes resonaron en lo alto de las rocas. Luego, una sombra se agitó en el umbral del boquete.

Jellewyn alzó el arma. Yo lo aparté.

—¡Ponga más atención, qué diablo!

De lo alto del boquete, por una especie de sendero que no habíamos visto, el maestro de escuela descendía hacia la playa.

* * *

Se había reservado al maestro de escuela un hermoso camarote a popa, y yo había transformado el salón contiguo en una confortable habitación con dos literas.

Desde su llegada a bordo, se encerró en su camarote, pasando el tiempo en consultar un montón de libros. Una o dos veces por día subía al puente, hacía que le llevaran el sextante y minuciosamente hacía una observación.

Marchábamos hacia el Noroeste.

—Hemos puesto rumbo a Irlanda— dije a Jellewyn.

Miró atentamente una carta marina y garabateó una indicación y una cifra.

—No lo creo. Más bien hacia Groenlandia.

—¡Bah! —gruñí—. Tanto da lo uno como lo otro...

Y él lo aprobó con la misma indiferencia.

Habíamos abandonado la bahía de Big Toe con tiempo espléndido, dejando, detrás de nosotros, que los montes de Ross se calentasen sus jorobas al sol saliente.

Nos cruzamos aquel día con un barco de las Hébridas, tripulado por caras aplastadas⁽¹⁾ que nosotros injuriamos copiosamente. Por la tarde, un velero, con todas las velas desplegadas, se perfiló en el horizonte.

Al día siguiente el mar se enfureció. Vimos a estribor un vapor danés que, en medio del viento, luchaba contra las olas. Iba rodeado de tal cantidad de humo que no pudimos leer su nombre.

Este fue el último barco que vimos.

Es verdad que, al despuntar la aurora del tercer día, observamos dos humaredas hacia el Sur, pero Walker dijo que era un aviso de la marina británica, y eso fue todo.

El mismo día vimos resoplar a lo lejos un *orkue*, y su grave contrabajo sonó hasta nosotros. Esa fue la última manifestación de vida alrededor de nuestro barco.

El maestro de escuela me invitaba por las noches a tomar una copa en su camarote.

Él no bebía. Ya no era el locuaz compañero de la taberna del Coeur Joyeux, pero continuaba siendo un hombre correcto y bien educado, porque nunca dejaba mi copa vacía y, mientras yo bebía, tenía la mirada fija en sus libros.

Debo confesar que de estas jornadas conservo pocos recuerdos.

La vida era monótona; sin embargo, la tripulación me pareció inquieta, tal vez debido a un intermedio un poco brusco que hubo una tarde.

Fuimos atacados, al mismo tiempo pudiera decirse, por violentas náuseas, y Turnip gritó que habíamos sido envenenados.

Le ordené severamente que se callara.

Es preciso decir que ese malestar pasó pronto. Un repentino huracán nos obligó a hacer una ruda maniobra que nos hizo olvidarlo todo.

La aurora se levantó sobre el octavo día de viaje.

* * *

Encontré caras preocupadas y duras.

Conocía esas caras. En el mar, no dicen nada que valga la pena.

Denotan un sentimiento de inquietud, gregario y hostil, que agrupa a los hombres, los hace fundirse juntos en un mismo miedo o en un mismo odio; una fuerza maligna les sirve de ambiente y envenena la atmósfera del navío.

Fue Jellewyn quien tomó la palabra.

—Monsieur Ballister —dijo—, queremos hablarle y, sobre todo, queremos hablar al amigo, al gran camarada que es usted para todos nosotros, más que al capitán.

—Magnífico preámbulo— dije, un poco burlón.

—Es precisamente porque es usted un amigo por lo que prescindimos de los for-

mulismos— gruñó Walker, y su espantosa cara se torció.

—Hablen— dije escuetamente.

—Hay algo que no marcha bien a nuestro alrededor —continuó Jellewyn—, y lo peor es que ninguno de nosotros puede explicar lo que es.

Eché una mirada sombría a mi alrededor y, bruscamente, les alargué la mano.

—Es cierto, Jellewyn; lo siento como ustedes.

Las caras se serenaron. Los hombres encontraban un aliado en su jefe.

—Mire el mar, monsieur Ballister.

—Lo he observado como ustedes— dije, bajando la voz.

¡Oh, sí! Desde hacía dos días yo veía...

El mar había adquirido un aspecto insólito que, a pesar de mis veinte años de navegación, no recordaba haber visto en ninguna latitud.

Lo atravesaban estrías ligeramente coloreadas; a veces lo agitaban remolinos repentinos y ruidosos; ruidos desconocidos, parecidos a risas, surgían de pronto de una marejada que cesaba bruscamente, haciendo volverse a los hombres con movimientos de terror.

—Además, ya no nos sigue ningún pájaro— murmuró Friar Tuck.

Era cierto.

—Ayer noche —dijo, con su voz grave y pausada—, un grupito de ratones que anidaban en el pañol de los víveres, subieron corriendo al puente y luego, en bloque, se arrojaron al agua. Jamás había visto cosa parecida.

—¡Jamás!— dijeron todos los marineros, como un eco lúgubre.

—Yo he hecho la ruta por estos parajes más de una vez —dijo Walker— y hacia la misma época. Esto debería estar negro de negretas, y manadas de marsoplas deberían seguirnos desde la mañana a la noche. ¿Las ven ustedes?

—¿Observó usted el cielo ayer noche, monsieur Ballister?— me preguntó Jellewyn en voz baja.

—No— confesé, y debí de enrojecer un poco.

Había bebido enormemente en la compañía silenciosa del maestro de escuela y no me hallaba en condiciones de subir al puente, abatido por una borrachera tremenda que me atenazaba aún las sienes con un resto de dolor de cabeza.

—¿Adónde diablos nos lleva ese hombre?— preguntó Turnip.

—¿Adónde diablos, sí?— afirmó Steevens, el taciturno.

Todos habían dado su opinión.

Yo tomé una resolución repentina.

—Jellewyn —dije—, escúcheme: yo soy aquí el patrón, es cierto; pero no tengo vergüenza en confesar delante de todos que usted es el más inteligente de a bordo y sé también que es usted un marino poco corriente.

Tuvo una sonrisa afligida.

—Sea— dijo.

—Creo que usted sabe de esto más que nosotros.

—No —respondió con franqueza—. Pero Friar Tuck es un fenómeno bastante... curioso. Como ya les he dicho, presiento algunas cosas sin poder explicarlas. Tiene, como diría yo, un sentido más que nosotros: el sentido del peligro. Friar Tuck, habla.

—Sé poco —respondió la voz grave—, casi nada, aparte de que algo está a nuestro alrededor, algo peor que todo, peor que la muerte.

Nos miramos con terror.

—El maestro de escuela —continuó Friar Tuck, pareciendo buscar con todo cuidado sus palabras—, no es extraño a eso.

—Jellewyn —grité—, yo no tengo valor para ello; pero vaya usted a decírselo.

—De acuerdo— dijo.

Bajó. Le oímos llamar a la puerta del camarote del maestro de escuela, llamar una y otra vez. Luego, abrir la puerta.

Transcurrieron unos minutos de silencio.

Jellewyn subió. Estaba pálido.

—No está allí —dijo—. Busquemos por todo el barco. Aquí no hay escondrijo que pueda ocultar por mucho tiempo a un hombre.

Buscamos, pues, uno a uno; volvimos a subir al puente y nos contemplamos mutuamente con aprensión.

El maestro de escuela había desaparecido.

* * *

Al caer la noche, Jellewyn me hizo señas de que fuera a cubierta y me mostró la flecha del mástil mayor.

Creo que caí de rodillas.

Un cielo extraño se abovedaba sobre el mar rugiente; las constelaciones familiares habían desaparecido; astros desconocidos, en agrupaciones geométricas nuevas, brillaban débilmente en un abismo sideral de un negro escalofriante.

—¡Jesús! —exclamé—. ¡Dios! ¿Dónde estamos?

Espesas nubes invadían el cielo.

—Esto va mejor —dijo Jellewyn tranquilamente—. Los demás pudieran haberse dado cuenta y volverse locos. ¿Dónde estamos?.. ¿Lo sé acaso?.. Demos marcha atrás, monsieur Ballister, aunque, según mi opinión, sea inútil.

Me cogí la cabeza entre las manos.

—Desde hace dos días la brújula está inerte— murmuré.

—Ya lo sabía— respondió Jellewyn.

—¿Dónde estamos?.. ¿Dónde estamos?

—Tenga calma, monsieur Ballister —dijo, un poco irónico—. Usted es el capitán, no lo olvide. Yo no sé dónde estamos. Podría emitir una hipótesis. Es una palabra sabia que cubre una imaginación a veces demasiado audaz.

—Qué importa —respondí—. Prefiero oír relatos de brujas y de diablos antes que

ese desmoralizador "no sé nada".

—Probablemente estamos en otro plano de la existencia. Usted tiene conocimientos de matemáticas; ellas le ayudarán a comprender. El mundo tridimensional que es el nuestro está perdido seguramente para nosotros y yo definiría este como el mundo de la enésima dimensión, lo cual es muy vago. En efecto, estaríamos transportados, por efecto de una inconcebible magia o de una monstruosa ciencia, sobre Marte, o sobre Júpiter, o hasta sobre Aldebarán, lo cual no nos impediría ver, en ciertas regiones del cielo, alumbrarse las constelaciones que percibimos desde la tierra.

—Pero ¿y el sol?— aventuré.

—Una similitud, una coincidencia del infinito, una especie de astro equivalente tal vez —respondió—. Además, esas no son más que suposiciones, palabras, cosas huecas, y puesto que nos será permitido, creo, morir en este mundo extraño lo mismo que en el nuestro, estimo que podemos conservar la calma.

—Morir, morir —exclamé—. ¡Defenderé mi pellejo!

—¿Contra quién? —preguntó socarrón—. Es verdad —añadió— que Friar Tuck hablaba de cosas peores que la muerte, si existen consejos u opiniones que no hay que desdeñar en el peligro, esas son las suyas.

Volví a lo que él llamaba su teoría.

—¿La enésima dimensión?

—Por amor de Dios —respondió, nervioso— no dé a mi pensamiento una importancia tan real. Nada prueba que la creación sea posible fuera de nuestras tres vulgares dimensiones. Lo mismo que no descubrimos seres idealmente planos, que se alzan del mundo de las superficies, o lineales de una sola dimensión, tampoco somos discernibles a las entidades, si las hay, que poseen más que nosotros. No me encuentro con ánimos en estos momentos, monsieur Ballister, de darle un curso de hipergeometría; pero lo que sí es cierto para mí es que un espacio, diferente del nuestro propio, existe. Por ejemplo, el que nuestros sueños nos hacen discernir y que presenta, en un plano único, el pasado, el presente y, quizá, el futuro; el mundo mismo de los átomos y de los electrones, con astros turbulentos; los espacios relativos e inmensos de las vidas vertiginosas y misteriosas...

Hizo un gran gesto de hastío.

—¿Cuál fue el fin de este enigmático maestro de escuela al conducirnos a estos parajes del diablo?.. ¿Cómo y, sobre todo, por qué desapareció?

De pronto, me di un golpe en la frente. Acababa de recordar al mismo tiempo la expresión de terror de Friar Tuck y la del desgraciado payaso en la taberna del Coeur Joyeux.

Se lo conté a Jellewyn.

Movió lentamente la cabeza.

—Sin embargo, es preciso que no exageremos este poder más o menos aprensivo de mi amigo. Desde el primer día, Friar Tuck me dijo, al ver al pasajero: "Este hombre me produce el efecto de un muro infranqueable detrás del cual debe de pa-

sar algo inmenso y terrible". No le pregunté más. Era inútil. Él no sabía más. Su oculta percepción se traduce por una imagen y, sin duda, se impone así en su cerebro. Él no podría analizarla absolutamente. Esta aprensión de Friar Tuck data de más lejos. Desde que supo el nombre de nuestro velero, se mostró preocupado, diciendo que había mucho sarcasmo bajo eso. Y como pienso en ello ahora, le recordaré que en astrología los nombres de los seres y de las cosas tienen un papel de antepiano. Ahora bien: la astrología es una ciencia de la cuarta dimensión, y sabios como Nordmann y Lewis comienzan a darse cuenta con pavor de que los arcanos de esta sabiduría milenaria y los de la ciencia moderna de las radioactividades, así como los del hiperespacio, completamente nueva, son hermanas trigemelas.

Me daba cuenta de que Jellewyn discurría así para intentar tranquilizarse él mismo, como si quisiera explicar el mundo que nos rodeaba, su razón, su esencia natural, creyendo vencer de esta forma el terror que venía hacia nosotros desde el fondo del horizonte de palastro negro.

—¿Cómo marcharemos?— pregunté, despojándome de casi toda autoridad.

—Hacemos ruta estribo amura —dijo—. La brisa me parece muy igual.

—¿Nos resguardaremos en lugar seguro?

—¿Para qué? Sigamos nuestro camino. Es preferible que corramos algunos riesgos. Pongamos el parche antes que nos salga el grano.

—Walker, para comenzar, tomará el timón —dijo—. Tendrá que procurar apartarse de las espumas.

Si tropezamos con un pitón escondido bajo el agua, nos hundiremos.

—¡Bah! —exclamó Jellewyn—. Quizá esa fuese la mejor solución para todos nosotros.

No creía que lo dijera de verdad.

Si el peligro inminente y salvado afirma la autoridad de un jefe, el ignorado lo pone al nivel de sus hombres.

Aquella noche todo el mundo se instaló en el exiguo salón que me servía de camarote.

Jellewyn nos regaló, aparte de su propia reserva, dos damajuanas que contenían un ron espléndido, que sirvió para hacer un ponche monstruo.

Turnip se puso de un humor estupendo y empezó a contar una historia interminable de dos gatos, de una muchacha y de una villa en Ipswich, historia en la que él había interpretado un papel importante.

Steevens se había confeccionado unos *sandwiches* fantásticos con bizcochos y carne de lata.

Un espeso humo de cigarrillos amontonaba una densa niebla alrededor de la lámpara de petróleo, suspendida inmóvil del cuadrante.

La atmósfera era agradable y familiar. A causa del ponche, iba muy pronto a reírme de los cuentos azules que Jellewyn me había servido antes.

Walker se llevó su parte de ponche caliente en un termo y, cogiendo una linter-

na encendida, nos deseó buenas noches y subió a ocupar su puesto.

Mi reloj dio lentamente las nueve.

Un movimiento acentuado del navío nos hizo comprender que el mar estaba más picado.

—Tenemos poca tela fuera— dijo Jellewyn.

Aprobé silenciosamente con la cabeza.

La voz de Turnip ronroneaba monótona, dirigiéndose a Steevens, que escuchaba triturando bizcochos entre las muelas espléndidas de su dentadura.

Vací mi vaso y se lo presenté a Friar Tuck para que me lo volviera a llenar, cuando vi la expresión huraña de su fisonomía. Su mano apretaba la de Jellewyn, y ambos parecían estar escuchando algo.

—¿Qué..?— empecé a preguntar.

Pero en ese momento una ruidosa imprecación estalló por encima de nuestras cabezas, seguida de una carrera precipitada de pies desnudos hacia el puente. Luego, un grito estremecedor.

Nos miramos aterrorizados.

Una llamada estridente, una especie de tirolesa, se oyó a lo lejos, en el mar.

Ya, como un solo hombre, habíamos corrido al puente, atropellándonos en la oscuridad.

Sin embargo, todo estaba tranquilo. El velamen ronroneaba gozoso; junto a la barra del timón, la linterna lucía con hermosa llama, iluminando la forma rechoncha del termo abandonado.

Pero ¡no había nadie en el timón!

—¡Walker!.. ¡Walker!.. ¡Walker!..— gritamos hasta ahogarnos.

Muy lejos, hacia el horizonte guateado por las brumas nocturnas, nos respondió la misteriosa tirolesa.

La inmensa noche silenciosa se había tragado, para siempre, a nuestro pobre Walker.

* * *

Una aurora siniestra, violácea, como la rápida noche de las sabanas tropicales, siguió a aquella noche fúnebre.

Los hombres, abrumados por un insomnio angustioso, miraban el fuerte mar de fondo. El navío baqueteaba frenéticamente entre la espuma de las erizadas olas.

Un ancho agujero practicado en una de nuestras velas cuadradas, hizo que Steevens abriese el pañol de las velas para sustituirla.

Friar Tuck sacó su aguja y se dispuso a hacer un concienzudo remiendo.

Todos los movimientos eran instintivos, mecánicos y morosos. De cuando en cuando, yo daba un golpe al timón, murmurando:

—¿Y para qué?.. Después de todo, ¿para qué?

Turnip, sin haber recibido ninguna orden, subió al palo mayor. Le seguí maquinalmente con los ojos hasta la verga más alta. Luego, el velamen lo ocultó a mis ojos.

De pronto le oímos gritar salvajemente:

—¡De prisa! ¡Suban! ¡Hay alguien en el palo mayor!

Hubo un ruido fantástico de lucha aérea; luego, un aullido de agonía y, al mismo tiempo, igual que habíamos visto caer los cuerpos de los piratas del Wrath desde la cima del acantilado, una forma rápida pirueteó alto, en el aire, y cayó lejos, en las olas.

—¡Maldición!— rugió Jellewyn, subiendo a la arboladura seguido de Friar Tuck.

Stevens y yo habíamos dado un salto en dirección a la única barca de salvamento. Ya los musculosos brazos del flamenco la deslizaba hacia el agua, cuando nos quedamos clavados de estupor y de espanto. Algo gris, brillante e indistinto como cristal rodeó de pronto el bote, las cadenas saltaron, una fuerza desconocida hizo que el velero se inclinara hacia babor, una ola terrible invadió y cubrió el puente y se metió en el pañol de las velas aún abierto.

No quedó rastro alguno del bote de salvamento, aspirado por el abismo.

Jellewyn y Friar Tuck descendieron del palo mayor.

No habían visto a nadie.

Jellewyn cogió un trapo y se limpió las manos, temblando. Había encontrado la verga y las jarcias salpicadas de sangre tibia.

Con voz desgarrada, recitó las plegarias de los muertos, entremezclando a las santas palabras maldiciones en dirección al Océano y al misterio.

* * *

Muy tarde subimos al puente.

Jellewyn y yo, decididos a pasar la noche juntos en el timón.

Creo que, en cierto momento, me eché a llorar y mi compañero me golpeó cariñosamente la espalda. Luego renació un poco de calma, y encendí la pipa.

No teníamos nada que decirnos. Jellewyn parecía dormido en el timón; yo tenía la mirada perdida en las tinieblas.

De pronto, me quedé helado por un espectáculo inaudito. Acababa de inclinarme sobre la barandilla de babor y me alcé, lanzando una exclamación ahogada.

—¿Ha visto usted, Jellewyn, o es que estoy ofuscado?

—No, señor —respondió, muy bajo—. Ha visto usted perfectamente; pero, por amor de Dios, no diga nada a los otros. Sus cerebros están ya muy cerca de la locura.

Me fue preciso hacer un gran esfuerzo para volver al empalmetado.

Jellewyn se puso a mi lado.

El fondo del mar acababa de ser abrazado por un amplio fulgor que se extendía por debajo del navío. La claridad se deslizaba bajo la quilla e iluminaba por debajo las velas y el cordelaje.

Teníamos aspecto de estar en un barco de teatro, iluminado por unas candilejas invisibles, construidas por llamas movedizas de bengala.

—¿Fosforescencia?— aventuré.

—Mire— me sopló Jellewyn.

El agua se había vuelto transparente como una bola de cristal.

A enorme profundidad vimos grandes macizos oscuros de formas irreales. Eran casas solariegas de torres inmensas, cúpulas gigantescas, calles terriblemente rectas, bordeadas de edificios frenéticos.

Parecía que estábamos sobrevolando, a una altura fantástica, una ciudad espantosamente industrial.

—Diríase que se nota movimiento— murmuré, angustiado.

—Sí— me sopló mi compañero.

Porque aquello hormigueaba de una masa amorfa, de seres de contornos mal definidos que se dedicaban a yo no sé qué tarea febril e infernal.

—¡Atrás!— aulló de pronto Jellewyn, tirándome brutalmente del cinturón.

Del fondo del abismo acababa de surgir uno de esos seres a una velocidad increíble y, en menos de un segundo, su sombra inmensa nos ocultó la ciudad submarina. Era como una mancha de tinta expandiéndose instantáneamente a nuestro alrededor.

La quilla recibió un golpe tremendo. En la claridad escarlata vimos tres enormes tentáculos, de una altura de tres mástiles superpuestos, golpear furiosamente el espacio y una formidable cara de sombra, agujereada de dos ojos de ámbar líquido, se izó a la altura de la muralla de babor y nos echó una mirada aterrorizadora.

Aquello duró menos de un par de segundos. Una brusca marejada atacó de través.

—¡Pronto! —gritó Jellewyn—. ¡La barra de estribor!

Era tiempo: rotos los amantillos, el palo de cangreja cortó el aire como una hacha, y el palo mayor crujió a punto de partirse. Las drizas saltaron con sonido claro de cuerdas de arpa.

La formidable visión habíase evaporado y el agua rugía, jabonosa.

A estribor, bajo el viento, el fulgor corría como una franja ardiente bajo las galopantes olas. Luego, desapareció.

—¡Pobre Walker, pobre Turnip!— murmuró Jellewyn, ahogando un sollozo.

La campana sonó en el puesto de mando: el cuarto de hora de guardia de medianoche empezaba.

* * *

Siguió una mañana sin acontecimientos.

El cielo permaneció cubierto de una nube espesa, inmóvil, de un sucio tinte ocre. Hacía un frío relativo.

Hacia mediodía me pareció ver, tras la alta bruma, una mancha luminosa que

hubiera podido tomarse por el sol. Resolví determinar esta posición, aunque, según Jellewyn, aquello no significaba nada.

La mar estaba fuerte. Yo trataba de retener el horizonte, pero olas cada vez más frecuentes corrían dentro de mi campo visual, y el horizonte se confundía con el cielo.

Sin embargo, llegué a conseguirlo. Pero buscaba en el espejo del sextante la mancha luminosa cuando vi que, delante de ella, palpitaba a gran altura una especie de banderilla lechosa.

Del fondo de las profundidades nacaradas del hielo algo saltó hacia mí. El sextante saltó en el aire; yo recibí un violento golpe en la cabeza... Luego oí gritos, ruido de lucha, gritos otra vez...

* * *

Yo no estaba, propiamente hablando, desvanecido. Estaba tirado en el puente y un interminable voltear de campanas tañían en mis oídos. Hasta creí escuchar la grave sonoridad del Big Ben en las noches sobre el Támesis.

A esos ruidos agradables se superponían rumores más inquietantes, pero más lejanos.

Iba a hacer un esfuerzo para ponerme en pie cuando sentí que me agarraban y me alzaban.

Me puse a aullar y a batallar con todas las fuerzas recobradas de pronto.

—¡Dios sea alabado! —exclamó Jellewyn—. No está muerto, no.

Intenté levantar un párpado que pesaba como una tapadera de plomo.

Un trozo de cielo amarillo apareció cruzado por jarcias oblicuas. Luego vi a Jellewyn zigzagueando como un ebrio.

—Por amor de Dios, ¿qué ha sucedido?— pregunté con voz plañidera, porque la cara del marino estaba bañada en lágrimas.

Sin responder, me condujo al camarote.

Vi que una de las dos literas estaba ocupada por una masa inmóvil.

A la vista de eso recobré todo el conocimiento. Me llevé las manos al corazón. Acababa de reconocer la cabeza completamente aplastada de Steevens.

Jellewyn me obligó a beber.

—Es el fin— le oí murmurar.

—El fin, el fin— repetí estúpidamente, intentando comprender.

Puso compresas frescas en la cara del marinero.

—¿Dónde está Friar Tuck?— pregunté.

Jellewyn estalló en sollozos convulsivos:

—Como... a los otros... no le volveremos... a ver... ¡jamás!

Me contó, con voz entrecortada por las lágrimas, lo poco que sabía.

Todo había pasado con una rapidez loca, como todos los dramas sucesivos que formaban nuestra existencia actual.

Estaba abajo ocupado en verificar el engrasador cuando oyó llamadas angustiosas en el puente.

Cuando llegó allí, vio a Steevens debatiéndose con furia como en el centro de una burbuja de plata; luego, derrumbarse y quedar sin movimiento. La aguja y el hilo de Friar Tuck, que empleaba para coser la vela, estaban esparcidos alrededor del palo mayor. Él no se hallaba ya allí. La barandilla de babor estaba impregnada en sangre fresca. Yo me encontraba tendido sin conocimiento sobre el suelo del puente. Él no sabía nada más.

—Cuando Steevens recobre el sentido, nos lo contará todo— murmuré débilmente.

—¡Recobrar el sentido! —exclamó amargamente Jellewyn—. Su cuerpo no es más que un horrible saco, una amalgama de huesos rotos y de órganos hechos jirones. Su constitución de gigante le permite respirar aún; pero se puede decir que está muerto, tan muerto como los otros.

Dejamos ir al *Salterio* a su albedrío. Ya no llevaba más que una arboladura reducida y perdía tanto a la deriva que casi no andaba.

—Todo parece demostrar que el peligro está, sobre todo, en el puente— dijo Jellewyn, como hablando consigo mismo.

Cuando llegó la noche, nos encerramos en mi salón-camarote.

La respiración de Steevens era difícil y penosa de oír. Era preciso todo nuestro tiempo para limpiarle la baba sanguinolenta que le corría de la boca.

—No dormiré— dije.

—Ni yo— respondió Jellewyn.

Habíamos tapado y obturado los ojos de buey a pesar de la atmósfera agobiante. El barco marchaba un poco.

De pronto, hacia las dos de la mañana, un sopor invencible me embrolló las ideas y un duermevela, cargado de pesadillas, se apoderaba ya de mí. Me sobresalté.

Jellewyn estaba muy despierto. Sus ojos miraban con terror el brillante techo de madera.

—Andan por el puente— dijo en voz baja.

Agarré el mosquetón.

—¿Para qué? Mantengámonos tranquilos. ¡Oh, oh! ¡Ya no se moleste!

Un ruido de pasos rápidos hacía resonar el puente. Hubiérase dicho que una muchedumbre ajetreada se movía de un lado para otro.

—Me lo presumía— añadió Jellewyn.

Se burló:

—Nos hemos convertido en rentistas. Trabajan para nosotros.

Los ruidos se habían precisado. El timón crujía; una maniobra trabajosa se ejecutaba con el viento de cara.

—¡Están izando las velas!

—¡Diantre!

El *Salterio* cabeceó fuertemente; a continuación tomó una fuerte banda a estribor.

—Una marcha a estribor amura, bajo este viento —aprobó Jellewyn—. Son monstruos, brutos ebrios de sangre y de crimen, pero son marineros. El mejor *yachtman* de Inglaterra, con un premio de carreras del año pasado, no se atrevería a ceñir el viento tan de cerca. ¿Qué prueba eso?— añadió con aire doctoral.

Hice un gesto de desánimo, no comprendiendo ya nada.

—Que llevamos un destino fijo, y que desean que lleguemos a alguna parte.

Reflexioné y dije a mi vez:

—Y que no son ni demonios ni fantasmas, sino seres como nosotros.

—¡Oh, oh! Eso es mucho decir...

—Me expreso mal: seres materiales, que no disponen más que de fuerzas naturales.

—De eso no he dudado jamás— dijo Jellewyn fríamente.

Hacia las cinco de la mañana llevaron a cabo una nueva maniobra, que hizo cabecear otra vez fuertemente al navío. Jellewyn destapó un ojo de buey: una aurora sucia se filtraba por las compactas nubes.

Nos aventuramos con grandes precauciones sobre el puente.

El barco capeaba el tiempo.

* * *

Transcurrieron dos días tranquilos.

Las maniobras nocturnas no se realizaron de nuevo, pero Jellewyn objetó que íbamos arrastrados por una corriente rapidísima que nos conducía hacia lo que hubiera debido ser el Noroeste.

Steevens continuaba respirando, pero más débilmente.

Jellewyn había cogido de su equipaje un pequeño botiquín portátil y, de cuando en cuando, ponía una inyección al moribundo.

Hablábamos poco.

Hasta creo que ni pensábamos: por mi parte, estaba embrutecido por el alcohol, porque bebía el *whisky* por vasos enteros.

Una vez, en mitad de una imprecación de borracho en la que prometía al maestro de escuela cortarle la cara en cien pedazos, hablé de los libros que él había embarcado a bordo.

Jellewyn dio un salto y me zarandeó vigorosamente.

—¡Eh! —exclamé, sin fuerzas—. ¡Que yo soy el capitán!

—¡Al diablo los capitanes de su especie! —juró groseramente—. ¿Qué dice usted?.. ¿Libros?..

—Sí, en su camarote, una maleta entera, yo los he visto; están en latín. Yo no conozco esa jerga de boticario.

—Pero yo sí. ¿Por qué no me ha hablado nunca de ellos?

—¿Qué importancia tenía eso? —repuse, con la boca pastosa—. Y, además, yo soy el capitán..., usted... debe... respetarme...

—¡Condenado borracho!— exclamó colérico, mientras se dirigía al camarote del maestro de escuela, donde le oí encerrarse.

El inerte y lamentable Steevens, más taciturno que nunca, fue mi confidente durante las horas de soledad que siguieron.

—Yo... soy... el capitán —hipaba— y yo... me quejaré... a las autoridades marítimas... Él me... ha tratado de... condenado borracho... A... bordo..., yo soy el amo... después de Dios... ¿No es verdad, Steevens?.. Tú eres testigo... Él me ha insultado suciamente... Yo lo tiraré al mar.

A continuación me dormí un poco.

* * *

Cuando Jellewyn regresó a tomarse un bocadillo de bizcochos y conservas, sus mejillas estaban ardiendo y sus ojos fulguraban.

—Monsieur Ballister —me preguntó—, ¿nunca le habló el maestro de escuela de un objeto de cristal, de una caja tal vez?

—Yo no era su confidente— gruñí, recordando aún su inconveniencia.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Si yo hubiera tenido esos libros antes de todo esto!

—¿Ha encontrado, pues, algo?— pregunté.

—Vislumbres... Busco, una pista se abre. Probablemente es insensato; pero, en todo caso, inaudito. Entiéndame: inaudito.

Estaba terriblemente excitado. No pude sacarle más. Corrió a hundirse en el famoso camarote, donde yo le dejé tranquilo.

No le volví a ver hasta la noche, durante algunos minutos. Vino a llenar una lámpara de petróleo y no me dijo ni una palabra.

Dormí hasta la mañana siguiente. Me desperté muy tarde. En cuanto me levanté, me dirigí al camarote del maestro de escuela.

Jellewyn ya no estaba allí.

Embargado por dolorosa inquietud, llamé:

—Jellewyn.

No obtuve respuesta.

Recorrí el barco y, despreciando toda prudencia, el puente, gritando su nombre.

Luego me tiré al suelo de mi camarote, llorando e invocando al Cielo.

Me hallaba solo a bordo del navío maldito, solo con Steevens moribundo.

Solo, terriblemente solo.

* * *

Hacia el mediodía me dirigí de nuevo al camarote del maestro de escuela. Inmediatamente, mis ojos cayeron sobre una hoja de papel clavada con un alfiler, bien a la vista, en la pared de madera.

Era una carta escrita por Jellewyn:

"Monsieur Ballister, voy a subir a todo lo alto del palo mayor. Tengo que ver una cosa.

"Tal vez no regrese jamás. En ese caso, perdóneme mi muerte, que le deja solo, porque Steevens, como usted sabe, es hombre perdido ya.

"Pero, entonces, no tarde en hacer lo que yo voy a aconsejarle:

"Queme todos esos libros, pero hágalo en la popa del barco, lejos del palo mayor y sin acercarse a la borda. Creo que intentarán impedirselo. Todo me lo hace creer.

"Pero quémelos, quémelos rápidamente, aunque arriesgue prender fuego al *Salterio*. ¿Le salvará eso? No me atrevo a esperararlo. ¿Acaso la Providencia le reserva una oportunidad? ¡Que Dios tenga piedad de usted, monsieur Ballister, como de todos nosotros!

"El duque de...⁽¹⁾, llamado Jellewyn."

* * *

Al entrar en el salón, completamente trastornado por este extraordinario adiós y maldiciendo mi borrachera vergonzosa, que seguramente impidió que me despertase mi valiente camarada, no oí ya la respiración entrecortada de Steevens.

Me incliné sobre su destrozada cara, que se crispaba.

Él también se había marchado.

Cogí de la pequeña habitación de las máquinas dos bidones de gasolina y, movido por no sé qué instinto providencial, puse el motor a toda marcha.

En el puente, cerca del timón, amontoné los libros y los regué de gasolina.

Una alta llama pálida se elevó de ellos.

En ese mismo instante, un grito partió del mar y oí que me llamaban por mi nombre.

Me llegó a mí la vez de gritar de estupor y de espanto.

En la estela del *Salterio de Maguncia*, a veinte brazas detrás, nadaba el maestro de escuela.

* * *

Las llamas crepitaban, los libros se transformaban rápidamente en cenizas.

El infernal nadador aullaba imprecaciones y súplicas.

—¡Ballister! Te haré rico, más rico que todos los hombres de la tierra reunidos. Te haré morir, imbécil, en medio de espantosas torturas que no se conocen en tu maldito planeta. Te haré rey, Ballister, de un reino formidable. ¡Ah, carroña! ¡El infierno te sería más dulce que lo que yo te reservo!

Nadaba desesperadamente, pero avanzaba poco hacia el navío lanzado a enorme velocidad.

De repente, el barco hizo algunos movimientos insólitos. Golpes sordos lo sacudieron.

De pronto vi la ola alzarse hacia mí. Tiraba del barco hacia las profundidades del océano.

—¡Ballister, escucha!— aulló el maestro de escuela.

Se acercaba con velocidad. Su rostro era atrocemente impasible, pero sus ojos brillaban con un fulgor insostenible.

En medio de la masa de cenizas ardientes vi un pergamino retorcerse como una piel y brillar un objeto.

Recordé las palabras de Jellewyn.

Un libro falso ocultaba la famosa caja de cristal de la que me había hablado.

"¡La caja de cristal!", exclamé para mí.

El maestro de escuela lo oyó. Lanzó un aullido de loco y tuve la increíble visión de verle ponerse en pie sobre las llamas, con las manos tendidas hacia mí como si fueran garras amenazadoras.

—¡Es la ciencia! ¡La ciencia más grande lo que tú vas a destruir, condenado!— rugió.

De cada punto del horizonte me llegaban ahora tirolesas estridentes.

Las primeras llamas se corrieron por el puente.

Salté en medio de ellas y con el talón destrocé la caja de cristal.

Entonces, tuve una sensación de aniquilamiento, una náusea horrible.

El agua y el cielo zozobraron en un caos fulgurante; un clamor inmenso invadió la atmósfera. Comencé una caída espantosa en las tinieblas...

Bien, ya os lo he contado todo. Me he despertado en medio de vosotros. Voy a morir. ¿He soñado? Eso quisiera...

Pero voy a morir entre los hombres, sobre mi tierra.

¡Ah, qué feliz soy!

* * *

Briggs, el grumete del *Nord-Caper*, fue quien descubrió al náufrago.

El muchacho acababa de robar una manzana en la cocina y, agazapado en el centro de un montón de cables enrollados, se disponía a saborear el producto de su rapiña cuando vio a Ballister nadando pesadamente a algunos metros del barco.

Briggs se puso a gritar con todas sus fuerzas, porque veía que el nadador iba a ser aspirado por el remolino de la hélice. Lo pescaron. Estaba sin conocimiento y parecía dormido. Sus movimientos natatorios habían sido completamente automáticos, como se observa, a veces, en los nadadores del mar que poseen exorbitante vigor.

No se veía ningún navío en el horizonte ni rastro de náufrago sobre las aguas; pero el grumete contó que le parecía haber visto una especie de barco, transparente

como el cristal..., son sus propias palabras..., elevarse por la parte de babor y desaparecer después en las profundidades.

Eso le valió un par de cachetes propinados por el capitán Cormon, para que aprendiera a decir cosas tan carentes de lógica.

Se logró echar un poco de *whisky* en la boca del rescatado. El mecánico Rose le cedió su litera y se le tapó para que recobrase el calor.

Muy pronto pasó, sin transición, de su desvanecimiento a un sueño profundo y febril. Se esperaba con curiosidad a que se despertara, cuando se produjo el hecho más espantoso.

Este hecho lo cuenta ahora John Copeland, servidor de ustedes, segundo de a bordo del *Nord-Caper*, el cual, con el marinero Jolks, vio cara a cara el misterio y el espanto que salieron de la oscuridad.

* * *

El último punto indicado en la jornada señalaba al *Nord-Caper* a 22 grados de longitud Oeste y 60 grados de latitud Norte.

Yo mismo había cogido el timón y me prometí pasar la noche en el puerto, porque el día anterior habíamos visto grandes témpanos de hielo iluminarse, al horizonte Noroeste, a la luz de la luna.

El marinero Jolks colgó los faros, y como padecía un terrible dolor de muelas, el calor del puesto de mando agravaba, vino a fumarse una pipa conmigo.

Aquello me gustaba, porque las guardias solitarias, cuando se prolongan a una noche entera de vigilia, son terriblemente monótonas.

Para aclarar las ideas de ustedes, he de decirles que el *Nord-Caper*, a pesar de ser un barco sólido y bueno, no es un navío del último modelo, aunque lo hayan dotado de telegrafía sin hilos.

El espíritu de hace medio siglo pesa sobre el navío todavía, dejándole un sistema de velas que suple a la fuerza limitada de su máquina de vapor.

La alta cabina encristalada y antiestética de los navíos modernos, que se coloca como un chalet inconveniente en medio del puente, no existe en él.

El timón está aún instalado a popa, frente al mar inmenso, al viento y a las salpicaduras de las olas.

Si hago esta descripción es para decirles que habíamos asistido a este incomprendible drama, no desde un observatorio cerrado y encristalado, sino desde el mismo puente. Si no hubiera dado esta explicación, mi relato hubiera podido extrañar con justeza a los que conocen más o menos la topografía de los barcos de vapor.

No había luna. El cielo estaba cubierto de nubes. Sólo un débil fulgor y, en la cresta de las olas, una fosforescencia digna de una línea de rompientes permitían ver un poco.

Podían ser las diez de la noche. Todos los hombres se hallaban en el primer

sueño.

Jolks, a causa de su dolor de muelas, gruñía y juraba por lo bajo. La claridad de la lámpara de bitácora hacía que su cara crispada surgiera de las sombras que nos rodeaban.

De repente, vi su rictus doloroso transformarse en una expresión de estupor; luego, de verdadero terror.

Se le cayó la pipa de la boca, completamente abierta ahora. Aquello me pareció tan cómico al principio que le gasté una broma.

Por toda respuesta, me señaló con el dedo el fanal de estribor.

Mi pipa fue a reunirse con la de Jolks ante el espectáculo que yo vi: a algunos centímetros por debajo del fanal, aferradas a la parte baja de los obenques, dos manos crispadas, chorreando agua, surgían de las tinieblas.

De golpe, las manos hicieron un esfuerzo y una figura oscura y húmeda saltó al puente.

Jolks dio un salto de lado y la luz de la bitácora golpeó la figura de lleno.

Vimos entonces, con estupefacción indescriptible, una especie de clérigo, con sotana negra, chorreando agua de mar, con una cabecita cuyos ojos eran dos brasas ardientes que nos miraban fijamente.

Jolk hizo un movimiento para coger su cuchillo, pero no tuvo tiempo: la aparición saltó sobre él y, de un solo golpe, lo derrumbó. Al mismo tiempo, la lámpara de la bitácora quedó hecha trizas. Un segundo más tarde, se oyeron gritos desgarrados procedentes de la cabina del radiotelegrafista. Quien los daba era el grumete, que velaba al enfermo:

—¡Socorro! ¡Que lo matan! ¡Socorro!..

Desde que tuve que reprimir algunos plantones entre los hombres de la tripulación, tengo la costumbre de llevar por la noche mi revólver.

Era un arma de grueso calibre que disparaba balas blindadas y del que me servía perfectamente. Lo armé.

Un rumor confuso invadía el navío.

Ahora bien: en algunos instantes de intervalo de esta serie de acontecimientos, un salto de viento que abofeteó el barco, desgarró la nube y una pincelada de rayo de luna siguió al *Nord-Caper* como un proyector.

Oía elevarse ya, por encima de los gritos de Briggs, los juramentos del capitán, cuando percibí un ruido sordo de saltos de gato a mi derecha y vi al clérigo franquear la borda y saltar a las olas.

Vi su cabecita sobresalir por la línea de remate de una ola. Fríamente apunté y disparé.

El hombre lanzó un aullido especial y la ola lo llevó cerca del barco.

A mi lado, Jolks se había levantado, aún un poco aturdido, pero llevando en la mano un palo con un garfio en la punta.

El cuerpo flotaba ahora a lo largo del barco, golpeándolo con golpecitos sordos.

El garfio atrapó la ropa, se hincó bien y subió su presa con increíble facilidad. Jolks arrojó un informe paquete mojado sobre el puente, preguntando si era una pluma.

Ben Cormon salió de la cabina del radiotelegrafista balanceando un farol encendido.

—¡Han tratado de asesinar a nuestro náufrago!— exclamó.

—Hemos cogido al bandido —dije—. Salió del mar.

—¡Tú estás loco, Copeland!

—Mírele, patrón. Disparé y...

Nos inclinamos sobre el lamentable despojo; pero inmediatamente nos incorporamos, gritando como posesos.

Allí había una sotana vacía; dos manos artificiales y una cabeza de cera estaban atados a ella. Mi bala había agujereado la peluca y roto la nariz.

* * *

Ya conocen ustedes la aventura de Ballister.

Nos la contó al final de aquella noche infernal, cuando se despertó, sencillamente, como si lo hiciese con felicidad.

Le cuidamos con devoción. Tenía el hombro izquierdo hundido, como si le hubiesen pegado dos fuertes hachazos. Sin embargo, si hubiéramos podido contener la hemorragia, lo hubiéramos salvado, ya que ningún órgano esencial estaba dañado.

Después de haber hablado tanto, cayó en una especie de sopor, del que se despertó para preguntar cómo le habían producido aquellas heridas.

Briggs estaba solo con él en ese momento y, contento de hacerse interesante, le respondió que, a mitad de la noche, él, Briggs, había visto una forma oscura saltar sobre él y golpearle. Inmediatamente después le relató la historia del disparo y le enseñó el burlesco despojo.

A la vista de ello, el náufrago lanzó gritos de espanto.

—¡El maestro de escuela! ¡El maestro de escuela!

Y cayó en un estado febril del que no se despertó hasta seis días después, en el hospital marítimo de Galway, para besar la imagen de Cristo y morir.

* * *

El trágico maniquí fue remitido al reverendo Leemans, un digno eclesiástico que ha recorrido el mundo y sabe muchos secretos del mar y de las tierras salvajes.

Examinó con detenimiento aquellos restos.

—¿Qué es lo que pudo haber tenido dentro? —preguntó Archie Reines—. Porque, al fin y al cabo, algo había dentro. Eso se movía, vivía.

—Eso es seguro y yo puedo atestiguarlo— gruñó Jolks, tanteándose el cuello

enrojecido e hinchado.

El reverendo Lemans olfateó la cosa como si fuera un perro y, luego, la rechazó con disgusto.

—Ya me lo figuraba— dijo.

Nosotros lo olimos a nuestra vez.

—Huele a ácido fórmico— dije.

—Azufre— añadió Reines.

Cormon reflexionó un minuto; luego, sus labios temblaron un poco al decir:

—Huele a pulpo.

Lemans le miró fijamente.

—El último día de la creación —dijo—, Dios hará salir del mar la Bestia Espantosa. No adelantemos al Destino con una búsqueda impía.

—Pero...— comenzó a decir Reines.

—*¿Quién es el que oscurece mis designios por discursos sin conocimientos?*

Ante la palabra divina, bajamos la cabeza y renunciamos a comprender.

¡YO HE MATADO A ALFRED HEAVENROCK!

APOYÉ la bicicleta contra un poyo y desplegué el mapa que me habían entregado en la casa Calson, Mivvins y Mivvins.

Era un mapa del condado de Kent y de una parte del de Surrey, pero la empleada que me lo dio afirmó que el de Kent se daba mejor.

Había mentido, por supuesto, porque no he conocido jamás gentes menos dispuestas que los habitantes de Kent a comprar navajillas de afeitar de Sheffield, tubos de pasta de jabón, frascos de lociones...; en fin, todo lo necesario para que una cara esté bien afeitada.

El mapa era lo suficientemente detallado para dirigirme a St. Mary Cray, saliendo de Londres por Lewisham; pero, a partir de Orpington, presentaba vergonzosos errores y lagunas.

Así fue como busqué en vano Chelsfield, que la empleada había marcado con lápiz rojo para hacerme creer que era un buen sitio para vender.

Afortunadamente, un ser hirsuto y flaco vino en mi ayuda.

Surgió de una espesura, en donde seguramente acababa de echar un sueñecito provechoso, cubierto de ramitas y de arena rojiza.

—¿Puede usted darme fuego?— preguntó, tocándose los restos de un sombrero.

Tenía y se lo di.

—Es que tampoco tengo cigarrillos— añadió.

Le di el cigarrillo y el fuego y me echó una mirada de perro agradecido.

—¿Busca usted algo por aquí?— me preguntó entre dos bocanadas de humo.

—En efecto: Chelsfield.

—Le da usted la espalda, pero no lo sienta. Está lleno de cretinos... Esto es Ruggleton.

—¿Ruggleton? Ese pueblo no figura en el mapa.

—Ya no es necesario. La aviación alemana hizo todo lo preciso para que desapareciera. Usted ha apoyado su bicicleta contra los últimos vestigios de mi casa.

—¿Este poyo?

—Es la piedra angular de la chimenea del comedor. De cuando en cuando ven-

go a visitarle y a quitar las hojas secas de la tumba de *Polly*.

—¡Oh!.. ¿Su esposa?

—No, mi burro. Un animal muy inteligente. Aún me pregunto en que podía beneficiar su muerte a los *boches*. ¿Pensarían ganar la guerra con ello?

Y se dispuso a marcharse.

—Si ha venido aquí a vender algo, dirjase más bien hacia la parte de Elms. La gente es allí menos bestia que en Chelsfield— dijo.

—Por tanto, ¿todo esto es lo que queda de Ruggleton?— murmuré, acariciando el poyo.

—No todo en realidad. Está la casa de miss Florence Bee, que ha sido respetada milagrosamente. Pasará por delante de ella cuando vaya a Elms. Está casi enfrente del cementerio. La casa está por alquilar; pero ¿quién sería el loco que viniera aquí?

E hizo un gesto circular con la mano.

—Ruggleton..., *Polly*..., os digo adiós para siempre— dijo con énfasis.

—¿Para siempre?

—He conseguido trabajo en un buque de carga que va a las Caribes. Una vez allí, pienso dejar el trabajo de a bordo y buscar algo en tierra.

Sosteniendo la bicicleta con la mano, pasé por delante del cementerio, devastado por las bombas de los alemanes más concienzudamente que el Valle de los Reyes por el equipo de lord Carnarvon, y vi a miss Florence Bee apoyada contra la cerca de su jardín observando cómo me acercaba.

Era una mujer que se aproximaba a la cuarentena, de rostro agradable, aunque un poco severo. Me vio echar una mirada sobre el cartel amarillo que estaba colocado sobre la cerca y sonrió.

—Si le ha enviado la agencia...— empezó.

Negué con la cabeza.

—Si fuese usted un caballero, intentaría venderle una libra de jabón de afeitar— dije, devolviéndole la sonrisa.

Las ocasiones de cambiar algunas palabras con sus semejantes debían de ser muy raras para miss Bee, porque ella emitió algunos lugares comunes sobre los tiempos tan malos que corrían y sobre la inseguridad en que se vivía, con la evidente intención de no volver demasiado pronto al silencio y a la soledad.

Desde el momento en que entré al servicio de Calson, Mivvins y Mivvins, a comisión, eso ni que decir tiene, hasta el instante en que dejé al amo de *Polly* y que sonreí a miss Bee, no había tenido otras intenciones que vender navajas de afeitar y jabón a los habitantes del condado de Kent.

Un instante más tarde empecé a elaborar un plan completamente diferente de los que debían proporcionarme el condumio cotidiano.

Y fue en ese momento cuando nació Alfred Heavenrock.

Eché una amplia mirada a mi alrededor y moví pensativamente la cabeza.

—Es extraño —dije a media voz—, realmente extraño...

Mientras decía esto, mis ojos iban del cartel anunciador al cementerio, sin detenerse en miss Bee.

—¿Extraño?— preguntó ella.

—Sí. Estaba pensando en lo que Alfred Heavenrock me decía el otro día. Alfred Heavenrock es primo mío, un hombre no como los demás, sobre todo en lo que concierne a sus ideas. Un bribón de la cabeza a los pies, a pesar de ser primo mío.

—Heavenrock —murmuró, pensativa, miss Bee—. El nombre no me es desconocido del todo.

Mentía, evidentemente, con la esperanza de prolongar aquella conversación inesperada.

—¡Bah! —continué—. No creo que hubiese un Heavenrock en Hastings ni más tarde en la Cámara de los Lores o en la de los Comunes. El único que tiene dinero es Alfred Heavenrock. Yo, yo me contenté con hacer la guerra.

Ella me miró con simpatía.

—¿Quiere usted sentarse, señor..?

—David Heavenrock. Los amigos me llamaban Dave, y si hablo de ellos en pasado es porque todos dejaron la piel sobre el suelo francés cazando alemanes.

Nos acomodamos en un banco del jardín.

—¿Por qué ha dicho usted «extraño» cuando miró al cartel anunciador y después al cementerio? Seguí la dirección de su mirada.

Imité el gesto del hombre que se siente sorprendido en el fondo íntimo de su pensamiento.

—¿De verdad se dio usted cuenta? —pregunté, ingenuo—. Pues bien...

Pasó un ángel. Fue un silencio lleno de espera para miss Bee y de confusión, perfectamente interpretada, para mí.

Pero mi proyecto tomaba cuerpo...

—Pues bien —continué en un tono que ponía de manifiesto un verdadero aturdimiento—: el otro día Alfred me dijo: «Oye, David (nunca me llama Dave), oye: ya estoy harto de Londres, de las grandes ciudades y de los viajes.» «Prueba Bath, Margate o Sorlingues», le aconsejé. Gruñó. «Cierra tu folleto de propaganda. Sin duda esperas sacar de ello una comisión, pero conmigo no la conseguirás. Lo que yo quiero es una casa en un desierto y cerca de un cementerio que no reciba ya ni muertos ni visitas.» Eso es lo que me dijo.

Miss Bee abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Es posible? ¡Dios mío!— exclamó.

—Alfred no es un tipo como los demás —repetí—, y no es que pretenda que esté loco, porque no hay nadie más astuto que él para redondear su dinero, pero es un poco..., ejem..., maniático...

—¿Hasta qué punto?

—Digamos que su manía es mover el velador y leer obras de espiritismo. No jura más que por el doctor Dee, una especie de brujo del tiempo de la reina Isabel, que

se ocupaba en hacer salir a los muertos de sus sepulturas.

—¡Qué horror!— exclamó miss Florence, cuyos ojos brillaban de alegría y de esperanza, ansiosa de oír más.

Pero me guardé muy bien de ampliar mi información.

—Esas tonterías me revuelven el estómago —continué—, pero me veo obligado a escucharlas porque de cuando en cuando Alfred me ayuda algo, muy poco, debo confesarlo. Sin embargo, tal vez le haga un servicio hablándole de su casa que se alquila, precisamente.

Me levanté para marcharme, aunque mi proyecto exigía una entrevista mucho más larga.

—Permítame que le ofrezca... un vaso de vino— propuso miss Bee tras un momento de vacilación.

Hice un ademán cortés de rehusar su ofrecimiento.

—Jamás bebo vino ni licores.

Me echó una mirada llena de admiración.

—En ese caso, no me rechazará una taza de té. Es muy bueno. Es de Lyon, de antes de la guerra.

Acepté, no sin haber vacilado visiblemente a mi vez.

Me hizo entrar en un salón de aspecto agradable y hasta rico, porque desde la entrada reparé en dos telas de Histler y en una fastuosa colección de objetos de plata, pero no manifesté asombro alguno.

El té era excelente, así como los cigarrillos: muratti.

—Hábleme de su primo —me pidió miss Bee—, puesto que puede llegar a convertirse en inquilino mío.

—¡Oh! —exclamé—. No le he prometido a usted nada. En verdad, Alfred no es un tipo vulgar, y aunque es supersticioso como el diablo, no espere que le sacará gran cantidad de dinero. Cuando se trata de dinero, se vuelve frío y exacto como una máquina eléctrica de calcular.

—No tengo esa intención —protestó la mujer—. Me sentiré contenta con alquilar esta casa completamente amueblada por un precio razonable, a fin de poder evadirme para siempre de estos lugares malditos. Cuento con retirarme a Doncaster, en donde poseo una propiedad.

—¡Qué feliz es usted al poder decir eso!— murmuré.

Las mujeres han afirmado frecuentemente que mi boca es agradable de mirar cuando, por una rápida bajada de sus comisuras, expresa amargura. Creo que no están equivocadas.

Esbocé, pues, una ligera mueca de esta clase y miss Florence la apercibió.

—No se ponga triste, señor... Dave —balbució—. La propiedad de Doncaster no puede causar la dicha de nadie.

—Una bala bien disparada, digamos en pleno corazón, hubiera hecho la mía —dije, componiéndome una cara triste—; una bala como la que recibió Percy Wood-

side en Octeville, y Bram Stone un poco más lejos...

Ni Percy Woodside ni Bram Stone había existido jamás, y ni por la casualidad mayor hubiera podido alcanzarme jamás una bala, ya que hice el servicio militar muy a retaguardia, como ayudante de farmacia.

—No sea amargo, Dave— suplicó.

Su mano se había posado sobre la mía.

—Todo el mundo tiene preocupaciones... A propósito: ¿es usted casado?

Me encogí de hombros.

—A Dios gracias, no. No hubiera podido ofrecer a mi mujer más que amor y agua clara, lo cual, según el proverbio, nutren muy mal a todo el mundo.

Esta vez no mentía.

La vi sonreír.

Era muy agradable de ver, y mis miradas se posaban con placer en su boca un poco grande, sus dientes deslumbradores y sus ojos oscuros. Al mismo tiempo admiré el espléndido camafeo que llevaba prendido en el pecho y que valoré en unas cien libras.

—Hábleme de su primo— repitió, lamentando visiblemente tener que dar otro giro a la conversación.

—Puedo describírselo: se cree guapo, pero es deplorablemente feo, con su bigotillo retorcido, sus espesas cejas rojizas y sus horribles gafas oscuras. Está echando barriga. (No puedo sufrir a los hombres gordos). Siempre tiene las manos sucias, como si acabase de rebuscar en el fondo de una buhardilla..., y..., y... ¡bebe!

—Y usted —dijo miss Florence sonriendo—, usted es sobrio, lo cual explica su repugnancia, aunque en eso demuestra usted un poco de falta de caridad.

—Si bebiese *whisky* o ginebra, como todo el mundo, podría pasar; pero no sale jamás sin una botella plana completamente llena de *kirschwasser*. ¡Qué horror! Y si acabara ahí... Pero considera una injuria si se niega uno a saborearlo, porque es lo único que gusta compartir con su prójimo. ¡Lo que me ha hecho sufrir imponiéndome por la fuerza ese atroz brebaje!

Miss Florence se echó a reír.

—¡Exagera usted! Yo misma no retrocedo ante un vasito de *kirsch* fresco y perfumado.

Fruñí las cejas y adquirí aspecto descontentadizo.

—No se haga el malo —dijo ella amablemente—.

No hay que juzgar demasiado severamente a los demás. Hay que saber perdonar sus pequeñas faltas. ¿Acaso no tiene usted algunas?

Fijé mis ojos en los suyos.

—Sí, y no sólo pequeñas, sino grandes. Y no son faltas, sino defectos. Primero, quiero que se respete a los muertos y que no se les moleste en su divino reposo por medio de prácticas de brujerías...

—Pero eso no es un defecto...— exclamó mi nueva amiga.

—Conforme, a condición de no conducirse como un borracho indecoroso cuando se vulnera lo que yo considero como ley sagrada.

—¿Sería usted... un poco... violento?

—Lo soy. Más de una vez he descargado mi puño en las narices de Alfred por este motivo. Escuche: yo soy de los que defienden a sus amigos. Los míos están muertos..., ¡y muertos continuó defendiéndolos!

Vi que sus labios temblaban.

—¡Dios mío! —exclamó ella lentamente—. Dave, usted es un verdadero hombre.

Me levanté del sillón y esperé, para estrecharle la mano, a que ella me alargase la suya.

—Adiós, miss Bee —dije—. Hablaré a Alfred. Pero recuerde que no tengo ninguna influencia sobre él.

—¿Por qué me dice usted adiós?

Bajé los ojos. Mi boca esbozó su rápido y amargo rictus.

—Porque..., y, además, no lo sé. ¡Adiós!

Me alejé a largos pasos, sin volverme. Luego monté en mi bicicleta.

Mientras marchaba no aparté mis ojos del espejo retrovisor.

Miss Florence Bee, inmóvil contra la cerca, con la mano apoyada en el corazón, me seguía con la mirada...

* * *

Necesité varios días para poner mi plan a punto y encontrar cinco o seis libras.

La bicicleta pertenecía a Colson, Mivvins y Mivvins; pero vendí mi tomo de Shakespeare, una edición muy bonita que lamentaré toda mi vida. Me gasté dos chelines apostando sobre *Halifax*, que corría en las carreras de Norwood.

El diablo tenía que estar a mi lado, porque el caballo me hizo ganar diez libras.

Tuve algunas dificultades en encontrar una botella de *Kirschwasser*; menos, en procurarme ácido prúsico, porque ya he dicho, creo, que durante la guerra había sido farmacéutico.

Un tinte capilar, que volviese mi cabellera pelirroja y que, en un dos por tres, recuperase su verdadero color, fue más difícil de encontrar. Pero lo logré.

Bigotes postizos, un traje bastante decente, aunque algo llamativo; gafas de cristales ahumados...; todo eso lo conseguí en pocas horas.

En el colegio había interpretado algunos papeles en las comedias de salón y todo el mundo me predestinaba que yo acabaría siendo actor.

La vida se complace en desmentir a los profetas. Desde aquella época lejana he hecho cientos de trabajos, excepto el de actor.

Lo que no impidió que el espejo me devolviese la imagen de un Alfred Heavenrock perfecto.

Mis cálculos no concedían a este recién nacido de bigotes y gafas más que vein-

ticuatro horas de existencia apenas.

* * *

—Míster Alfred Heavenrock —dijo miss Florence Bee—, le he reconocido inmediatamente; tanta exactitud empleó su primo al describirle.

—Entonces, ha debido de parlotear bien a cuenta mía —respondí con espantosa voz de carraca—, porque no lo haría de otra forma.

—No dijo nada de particular— respondió miss Bee.

—Vamos, vamos, conozco bien a David. Es un ser envidioso porque no triunfó en la vida. Pretende que no existe nada por encima de la estricta honradez. ¡Qué imbécil!, ¿verdad?

—No lo considero así— dijo miss Florence, mordiéndose los labios.

—Ta, ta, ta, es un animal. No vacila en emplear sus puños hasta cuando no se le ataca directamente. Es cierto que eso le sirvió de mucho durante la guerra. Es valiente, debo admitirlo, aunque yo no sea de los que admiren esa virtud militar. ¿Cómo lo encuentra usted? Muy bien de aspecto, ¿verdad?

—En realidad, no está mal— respondió con franqueza miss Bee.

—¿Ve? Todas las mujeres están de acuerdo para decir lo mismo. ¿Cree usted que saca algún provecho de eso, como podría hacerlo si quisiera? En absoluto. ¡Ese asno es un virtuoso!

—¿Quiere usted ver la casa?— le preguntó miss Bee con voz helada.

—A eso he venido, y también —añadí, riendo groseramente— para ver si era usted tan bonita como él dijo.

—¿Cómo? ¿Él dijo que...?

—Lo dijo, sí; pero no espere nada de ese dechado de virtud.

Miss Bee se irguió, con las mejillas encendidas.

—Dejemos eso, míster Alfred Heavenrock —dijo, recalcando con fuerza el nombre—, y sírvase seguirme.

La casa era muy bonita, cómodamente amueblada y muy bien cuidada.

—¿Le cuestan muy caros los criados?— pregunté.

—Hace meses que carezco de ellos. El lugar es muy solitario; pero no lo siento. Claro que, a veces, el cuidado de esta casa se hace demasiado pesado para mí sola.

Hice una mueca de disgusto.

—Seguramente encontrará usted personal en Elms— dijo, muy de prisa.

—O en Londres, no se preocupe —respondí—. En el fondo, esta gran soledad es lo que me agrada.

Me volví hacia la ventana y me quedé contemplando el cementerio. De cuando en cuando, como perdido en mis pensamientos, murmuraba:

—¡Oh, sí!.. Está bien eso... Eso podría convenirme...

Me volví a miss Florence y mi voz se hizo más agria, más apagada que nunca.

—Escuche, pequeña mía...

Noté cómo reprimía un sobresalto de indignación.

—...soy hombre franco como el oro —continué—, lo cual no quiere decir que lo tire por la puerta o por las ventanas. Su casa me gusta lo suficiente para alquilarla. Pero no vaya a pedirme un precio exorbitante, porque, entonces, no hay nada que hacer.

—¿Cien libras al año? —dijo—. Y un alquiler por tres años.

—Corre demasiado —respondí—. La mitad, no digo que no.

—No discutamos —dijo con desgana—. El precio es razonable...

—Pongamos sesenta libras y pago al contado...

Saqué un fajo de billetes. Eran billetes falsos, adquiridos por tres chelines y el ciento. Quedamos de acuerdo en sesenta libras y no oculté mi alegría.

—Extienda el recibo, querida mía. Acaba usted de hacer un negocio fabuloso, y yo, yo no me quejo, aunque, según mi opinión, sea un poco caro. ¿Quiere que lo celebremos con una copa?

—No tengo vino para ofrecerle— dijo fríamente.

—Yo tengo el que me hace falta— dije, sacando del bolsillo mi frasco achatado y cogiendo dos copas del aparador.

La suerte estaba echada. Miss Florence iba a morir. El licor, del que iba a entregarle una copa, la mataría dentro de unos cuantos segundos.

Yo ya había reparado en la caja de caudales que no tenía ni un disco cifrado: su bolso de mano, entreabierto sobre un velador, y que estaba repleto de billetes de banco y de algunas alhajas de valor.

Hecho eso, Alfred desaparecía y volvería David.

Pero he aquí que, de repente, abandoné este plan e inmediatamente concebí otro, hacia el cual no se alargaba la sombra de la horca.

Me es imposible determinar el tiempo que esto me llevó. Yo creo que la cuestión tiempo no estuvo en juego; tan inmediato, tan espontáneo fue, pero ¡cuán grandioso!

Volví a dejar las copas sobre el aparador y me guardé el frasquito.

—Dígame, pequeña —murmuré—, ¿sabe usted que David es menos tonto de lo que yo creía?

Miss Florence dejó la pluma, porque se disponía a escribir, y me miró interrogativamente.

—Bonita..., ya lo creo que lo es usted, ¡caramba!, y si no me he dado cuenta hasta ahora, es que no pensaba más que en nuestro negocio y los negocios son antes que todo, ¿verdad, bonita mía?

—¿Entonces?

—¿Sabe usted que ese imbécil de David no quiere volver a verla jamás?

La pluma se escapó de la mano de miss Bee y echó un borrón sobre el recibo aún en blanco.

—Porque está enamorado de usted... ¡Fue un flechazo! Me dijo... (déjeme que me ría) que jamás podría amar a otra mujer que no fuera usted. Sí, sí, sí. Dijo eso, el

triple idiota.

Vi cómo se pasaba la mano por la frente y se estremecía todo su ser.

—¡El estúpido! —grité yo con todas mis fuerzas—. Si yo hubiese estado en su lugar, ¿sabe usted lo que yo hubiera hecho?

Miss Florence no dijo una palabra, no hizo un gesto; pero creí ver deslizarse una lágrima por su mejilla.

—¡Esto es lo que yo hubiera hecho!

Me acerqué a ella y le planté bruscamente los labios en el cuello.

¡Ah, amigos míos! ¡Qué tigresa!

Dio un salto, su silla se cayó con ruido, algo se rompió sobre la mesa, creo que fue el tintero, y recibí la bofetada más formidable que jamás deshonró la mejilla de un hombre.

—¡Salga de aquí! —aulló—. ¡Y no vuelva a poner jamás los pies en esta casa!

—¿Y... el alquiler?— balbucí.

—Haré de mi casa un asilo para perros errantes antes que alquilarla a un sinvergüenza de su especie. ¡Salga le digo, Alfred Heavenrock!

¡Con qué dureza fue lanzado este «Alfred» y con cuánto desprecio!

Deslicé mi frasco de *kirsch* en el bolsillo y me retiré.

Una vez en el jardín, me volví y lancé a miss Bee el más innoble de los insultos que un hombre puede arrojar a la cara de una mujer.

* * *

Alfred Heavenrock desapareció aquel mismo día con su bigote postizo, su tinte rojo, sus gafas, su frasco de *kirsch* sus billetes falsos, y David Heavenrock recuperó su lugar en la vida.

Dos días después yo llamaba a la puerta de miss Bee, y por un instante creí que iba a ponerse enferma.

Cerré precipitadamente la puerta detrás de mí.

—No creo que nadie me haya visto —murmuré—. He tomado senderos apartados.

—¿Por qué? —preguntó la mujer—. Usted puede venir aquí sin ocultarse de nadie.

—No— dije con voz sorda.

Sólo entonces ella se dio cuenta de mi aspecto descompuesto, mis ojos huidizos y mis manos temblorosas.

—Quería verla por última vez, Florence— balbucí.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado, Dave?

—Ha pasado que... Pero no, permítame que le haga una pregunta, una sola, mas será terrible.

—No podría hacerme semejante pregunta. Le conozco demasiado bien— exclamó ella, cogiéndome una mano.

—Lo será, sin embargo.

—Entonces, ¡hágala!

Me puse a hablar en voz muy baja.
—Alfred me dijo que..., que usted... ¡Dios mío, las frases se niegan a salir de mi boca!.. ¡No, no puedo preguntárselo!
—Insisto— dijo, y sus labios estaban muy cerca de los míos.
—Que él le hizo la corte, que usted no le negó nada, que... ¡Oh, no!..
De repente, sentí sus labios sobre los míos.
—Ha mentido. ¡Es el más bajo de los hombres!.. ¿Me cree usted, Dave?
Me separé de ella y me cogí la cabeza entre las manos.
—La creo ahora, pero... Perdóneme, le creí a él, y...
—¿Y qué?
Me erguí, feroz.
—Perdí la cabeza, lo vi todo rojo, cogí algo que estaba sobre la mesa, algo pesado, y golpeé.
—Y golpeó— repitió ella como un eco.
—Cayó... No se movió más.
—No... se... movió... más— repitió ella lentamente.
—Muerto.
Hubo un silencio, muy largo, casi terrible. Luego ella sollozó y se apretó contra mi pecho.
—Mi amado, mi hombre... Tú has hecho eso... ¡por mí!
La rechacé suavemente.
—Tengo que marcharme. No lo lamente, Florence, puesto que yo mismo no lo siento. ¡Que se cumpla mi destino!.. ¡Adiós!
—¡No!
Y echó el cerrojo.
* * *

No me hizo más que una sola pregunta sobre «mi crimen» y sólo una vez:
—¿El cadáver?
—En el río —murmuré—. Es espantoso, ¿verdad?
—Es perfecto.

* * *

Yo esperaba que miss Bee me ofreciera dinero suficiente para atravesar el mar y rehacer mi existencia.
No ocurrió nada de eso.
Abandonamos Ruggleton algunos días más tarde. Nos dirigimos a Doncaster, y tres semanas después estábamos casados.
Ningún matrimonio fue jamás más perfecto, más feliz. Mi mujer era muy rica y me prohibió que buscara una ocupación. Un año más tarde nacía nuestro hijo: un varón.

* * *

Tenía Lionel veinte meses cuando Florence regresó un día del paseo, descompuesta y temblorosa.

—Dave, ¿estás completamente seguro de que Alfred está muerto?— me preguntó.

La miré con estupor.

—Claro que sí, querida. ¿Por qué esa pregunta?

—¡Porque le he visto!

—¡Imposible!

—Sin embargo, así es. Paseaba a lo largo de la tapia del cementerio, cuando la verja se abrió y él se encontró delante de mí. Era él, no había duda, con sus cabellos rojos, su espantoso bigotito, sus manos sucias de tierra, sus gafas ahumadas...

—Un parecido— balbucí.

—No, ¡oh!, no. Se reía burlón y, de repente, con su horrible voz de falsete, me lanzó el insulto, el espantoso insulto que fue la última palabra que me dirigió.

Creo que todo empezó a dar vueltas a mi alrededor y, de pronto, supe lo que era el espanto.

Algunos días más tarde, Florence, sentada en la ventana, lanzó un grito de terror:

—¡Ahí va!

La tarde caía, una chotacabras gritaba en la sombra que empezaba a extenderse. Pegué la frente contra el cristal.

A lo lejos, una figura que la noche hacía indefinida se perdía en la bruma: ¡Alfred Heavenrock!

Pero el crepúsculo y la niebla se prestan corrientemente a la fantasmagoría.

* * *

«Mi querido Dave:

»No puedo más. Ha vuelto. Me habla. Exige. Amenaza. Tengo que ceder por ti, amado mío, por nuestro Lionel. Me marcho con él. No creo que vuelva a verte jamás.

»¡Que Dios tenga piedad de mí!

»Tu desgraciada.

»Florence.»

Hace hoy tres años que recibí esta carta. La leo todos los días.

Florenia no volvió.

No volverá jamás.

Lo presiento, lo sé.

No se tiente impunemente a las fuerzas del infierno.

Lionel ha crecido. Es pelirrojo como un fuego; su voz es agria y crepitante. Se pasan grandes apuros para lavarle. Siempre tiene las manos sucias. Es malo y le gusta extraordinariamente el dinero. Su mayor placer son los chelines nuevos y brillantes.

En sus paseos siempre lleva a la criada hacia el cementerio.

—¿Qué hay debajo de esas losas?— pregunta.

—Pues... muertos.

—Quiero hacerlos salir— berrea.

El otro día, en casa de los vecinos, servían licores. Lionel paseó la mirada sobre las botellas y se puso de repente a gritar:

—¡Quiero de ese!.. ¡Quiero de ese!..

Y con un dedo ávido señaló un frasco de *kirschwasser*.

Sus amiguitos le llaman Freddy.

¿Por qué?

...¡Oh mi querido Shakespeare, cómo te echo de menos! ¡Cómo tus frases, profundas y sombrías, cantan en mi espantada memoria:

«Hay en el cielo y en la tierra más cosas, Horacio, en las que no pueden ni soñar los filósofos...»

EL GRAN NOCTURNO

I

UN carillón vertió su lluvia de hierro y de bronce por entre la persistente lluvia del Oeste que, desde el alba, flagelaba sin merced a la ciudad y sus alrededores.

Monsieur Théodule Notte podía seguir, desde el fondo de la calle brumosa, la marcha de un invisible farolero, observando el encendido de las luces.

Subió la mecha de la lámpara de petróleo colocada en una esquina del mostrador repleto de retales de tela de seda y de algodón.

La redonda llama iluminó una tienda vieja, de cajones de madera oscura llenos de quincallería.

Para el mercero, aquella hora de las primeras claridades vespertinas era la de un alto tradicional en el tiempo.

Entreabrió suavemente la puerta para evitar que la campanilla sonase demasiado fuerte y, plantado en el umbral, aspiró con placer el ambiente húmedo de la calle.

La muestra, una enorme bobina de chapa pintada, le protegía de un chorro de agua continuo que caía del agujereado canalón.

Encendió su pipa de arcilla roja..., porque, por prudencia, no fumaba dentro de la tienda... y, volviendo la espalda a la labor del día, espío a los transeúntes que regresaban a sus casas.

—Ahí viene monsieur Desnet, que tuerce la esquina de la calle del Canal —murmuró—. El campanero podría poner en hora el reloj de la ciudad guiándose por el paso de monsieur Desnet: es hombre muy respetable. Mademoiselle Bulus se retrasa. Por lo regular, se cruzan delante del café de la Trompeta, en donde monsieur Desnet no entra más que los domingos después de la misa de once. ¡Ah, ahí llega!.. Se saludarán delante de la casa del profesor Deltombe. Si la lluvia no cayese, se pararían un momento para hablar del tiempo y de su respectiva salud. Y el perro del profesor se pondría a ladrar...

El mercero suspiró.

Aquella infracción a la norma de las cosas le desconcertaba.

La tarde de octubre gravitaba sobre los tejados del Ham y el fuego de la pipa ponía una mancha rojiza en la barbilla de monsieur Notte.

El coche de ruedas amarillas dobló la esquina del puente.

—Llega monsieur Pinkers... Mi pipa se apagará pronto.

Era una pipa de cazuelilla minúscula que no admitía más que un par de pulgarradas de fuerte tabaco flamenco. Una bocanada de humo se difundió por el aire y subió dando vueltas en la oscuridad.

—¡Oh, qué bien ha salido! —exclamó maravillado el fumador—. Y no lo he hecho a propósito... Se lo diré a monsieur Hippolyte.

Así acababa la jornada laboral de Théodule Notte y empezaban las horas de descanso, que consagraba a la amistad y a la distracción.

Toc, toc, toc.

Un bastón con contera de metal golpeaba la acera en la lejanía brumosa de la calle. Monsieur Hippolyte Baes apareció.

Era bajito, de piernas cortas, vestido con una elegante levita varonesa y cubierto con un sombrero de copa irreprochable.

Desde hacía treinta años venía todas las noches a jugar su partida de damas a La bobina de hierro, y su correcta aparición provocaba la admiración de Théodule. Cambiaron frases de bienvenida en el umbral, espionaron un momento la marcha de las nubes surgidas del Oeste para sacar conclusiones meteorológicas y luego entraron.

—¿Cierro las contraventanas?

—Que golpeen lo que quieran. ¿Qué nos importa?— declamó monsieur Baes.

—Me llevo la lámpara.

—La luz— dijo monsieur Hippolyte.

—Hoy, martes, cenaremos juntos antes que le gane en el juego de damas— insinuó Théodule.

—De ninguna manera, amigo mío. Hoy pienso ganarle a usted.

Aquellas frases sempiternas, cambiadas desde hacía tantos años, en el mismo tono, acompañadas de los mismos gestos, despertando idénticas reacciones de alegría y de malicia, daban a los dos viejos una reconfortante sensación de inmutabilidad.

Los hombres que dominan el tiempo, no permitiendo que las vísperas sean diferentes de los días siguientes, son más fuertes que la muerte. Ni Théodule Notte ni Hippolyte Baes lo decían, pero lo experimentaban como una verdad profunda contra la cual nada prevalecía.

El comedor, que la lámpara de petróleo iluminaba ahora, era pequeño, pero de techo muy alto.

Un día monsieur Notte lo comparó con un tubo de chimenea y él mismo se asustó de la exactitud de la imagen. Pero, tal como era, con el techo invadido de sombras y de misterio, agujereado por la luna minúscula del hueco de la lámpara, agradaba

mucho a los dos amigos.

—Hace exactamente noventa y nueve años que mi madre nació en esta habitación —decía Théodule—. Porque, en aquella época, el piso estaba realquilado al capitán Soudan. Sí, cien años menos uno. Yo tengo cincuenta y nueve, y a mi madre, casada a una edad bastante razonable, le concedió Dios su hijo a los cuarenta años.

Monsieur Hippolyte contó con sus deditos nudosos.

—Yo tengo sesenta y dos. Conocí a su madre, una santa, y a su padre, que fue el que puso la muestra de La bobina de hierro. Tenía una hermosa barba y le gustaba bastante el vino. He conocido también a las señoritas Beer, Marie y Sophie, que frecuentaban la casa.

—Marie fue mi madrina... ¡Cuánto la quería!— exclamó, suspirando, Théodule.

—...y al capitán Soudan —continuó Hippolyte Baes—. ¡Un hombre espantoso! El suspiro de Théodule se hizo más profundo.

—Sí, un hombre terrible. A su muerte, dejó todo su mobiliario a mis padres, que no cambiaron nada de la disposición de las habitaciones que él ocupó.

—Como usted, amigo mío, tampoco cambió nada de ellas.

—¡Oh, no! Yo..., ya lo sabe usted..., no me atrevería a hacerlo.

—Actuó usted muy sabiamente, amigo mío —respondió gravemente el viejecillo, retirando la tapadera de una fuente—. ¡Vaya, vaya! Aquí tenemos cordero asado y frío en su jugo, y apuesto a que esta terrina oscura contiene pasta de pollo de casa Cerneau.

Baes hubiera ganado seguramente su apuesta, porque el orden de las minutas del martes por la noche cambiaba muy raramente.

Comieron lentamente, triturando finas galletas con mantequilla que monsieur Hippolyte mojaba ávidamente en el jugo.

—¡Es usted un cocinero de primera, Théodule!

Aquel cumplimiento tampoco variaba jamás.

Théodule Notte vivía solo; buen comedor, pasaba los largos ratos que le dejaba su tienda poco visitada en confeccionar platitos delicados.

El trabajo duro de la casa estaba confiado a una vieja mujer sorda que se consagraba a él todos los días durante un par de horas, moviéndose y desapareciendo como una sombra.

—¡A las pipas, a las copas y a las damas!— exclamó Hippolyte cuando hubieron saboreado, a guisa de postre, un enorme flan de membrillo.

Las damas blancas y negras se pusieron a viajar por el tablero de damas.

Así sucedía todas las noches, excepto los miércoles y los viernes, días en los cuales monsieur Hippolyte Baes no participaba de la cena de su amigo, y el domingo, que no acudía a la tienda.

Cuando sonaban las diez en el reloj de alabastro, se separaban, y Notte acompañaba a su amigo hasta la puerta, blandiendo en alto, como una antorcha, una lamparilla de grueso cristal azul. Inmediatamente, se metía en la cama, situada en el

dormitorio del segundo piso y que había sido la de sus padres.

Pasaba de prisa por el descansillo del primer piso, por delante de las puertas cerradas de las habitaciones del capitán Soudan, puertas estrechas y altas, tan negras que agujereaban las tinieblas de las paredes negras de mugre y de noche. No las miraba jamás ni jamás se le ocurría la idea de empujarlas y permitir a la luz de la lamparita azul que penetrase en las habitaciones que aquellas puertas guardaban.

Solamente entraba en ellas los domingos.

* * *

El piso del difunto capitán Soudan no tenía, sin embargo, misterio alguno.

El dormitorio era como otro cualquiera, con su alto lecho de baldaquino, su mesa de noche cilíndrica, sus dos armarios de nogal brillante y su mesa redonda de barniz quemada por la pipa y los cigarros, y marcada por las manchas redondas de los viejos vasos y botellas.

Pero el capitán parecía haber querido compensar, por la comodidad y el valor del salón, la mediocridad del dormitorio.

Un enorme armario, espléndido, ocupaba completamente una de las paredes; dos sillones Voltaire, de terciopelo de Utrecht, sillas masivas forradas de cuero de Córdoba punteado de cobre dorado, un hogar de pesados morillos, una mesa esculpida, dos veladores de Boule, un enorme espejo de chimenea con marco dorado y, por último, una biblioteca llena de libros hasta ras del techo, llenaban la habitación, haciendo, a causa del exceso de muebles, difícil moverse en ella.

Para monsieur Théodule Notte, que no abandonaba su casa más que para hacer breves visitas a proveedores próximos, el salón del capitán Soudan ofrecía silenciosas, pero incomparables fiestas dominicales.

Acababa de comer alrededor de las dos de la tarde, se ponía una bonita bata de cuello bordado, se calzaba unas zapatillas bordadas, se ponía un gorro de seda negra en la cabeza, que ya iba volviéndose calva, y empujaba la puerta del salón. El aire allí era pesado, olía a cuero viejo y a polvo; pero Théodule Notte detectaba allí efluvios lejanos, misteriosos y cuán maravillosos.

Del viejo Soudan no guardaba más que la imagen confusa de un inmenso anciano, vestido con una hopalanda rojiza, fumando delgados cigarros negros; pero los rostros de su padre, de hermosa barba negra, y de su madre, delgada y silenciosa, y de las hermosas y lozanas señoritas Beer, sólo le parecía que habían desaparecido el día anterior.

Sin embargo, hacía ya más de treinta años que la muerte se los había llevado a todos en muy pocos años. Recordaba que cinco años escasos habían bastado para apagar para siempre aquellas cuatro existencias que formaban una parte tan enorme de la suya propia.

Se reunía en el minúsculo comedor del piso bajo para ágapes en los que esas

cuatro finas bocas le habían dejado el gusto. Pero, el domingo, a la hora en que las viejas del Ham, arrebuajadas en sus gruesos capuchones de seda negra, se dirigían a las vísperas de Saint-Jacques, se instalaba en el salón del primer piso.

Monsieur Théodule Notte recordaba...

Con mano vacilante, papá Notte retiraba uno o dos libros de la biblioteca bajo la mirada ligeramente desaprobadora de su mujer.

—¡Vamos, Jean-Baptiste, deja eso!.. No se aprende nada bueno en los libros.

El buen barbudo protestaba débilmente.

—Stéphanie, no creo que haga mal en...

—Pues sí, pues sí... Basta un libro de misa y un libro de horas para leer. Además, se dan malos ejemplos al niño...

Jean-Baptiste Notte obedecía, un poco desilusionado.

—Mademoiselle Sophie nos va a cantar algo.

Sophie Beer depositaba sobre una silla la obra de tapicería en color que llevaba en un enorme maletín de peluche granate, y se acercaba al armario. Este gesto era el límite de una eterna maravilla para el joven Théodule. La parte baja del armario ocultaba un clavecín corto y bajo, que un esfuerzo ejercido sobre una palanca lateral hacía avanzar hacia el salón y que una maniobra contraria volvía a meter en el inmenso armario. Las teclas del instrumento estaban amarillas como rebanadas de calabaza y emitían al tocar altas notas agudas.

Mademoiselle Sophie cantaba con voz agradable y ligeramente temblona:

¿De dónde vienes tú, nube hermosa, traída por el viento..?

O bien una canción cuyo tema se refería a una alta torre, una golondrina y muchas lágrimas.

Aquellas lágrimas de armonía provocaban muchas verdaderas en mamá Notte y hacían temblar los dedos de papá Notte, crispados sobre su hermosa barba negra.

Sólo mademoiselle Marie no parecía emocionarse apenas. Cogía a Théodule sobre sus rodillas y lo apretaba contra su pecho enfundado en surach azul.

—Iremos al jardín de las tres mil flores..., flores..., flores..., flores— cantaba muy bajito.

—¿Dónde está ese jardín?— preguntaba Théodule, muy bajito también.

—No te lo diré jamás. Hay que encontrarlo.

—Mademoiselle Marie —murmuraba el pequeño—, cuando yo sea grande, seré tu marido y nos iremos juntos...

—Ta, ta— decía ella, riendo, y le besaba en la boca.

Un fino perfume de flores y de frutos subía de su blusa azul, y Théodule se decía que nada era más hermoso ni más dulce en el mundo que aquella dama de hermosas mejillas sonrosadas, de ojos de muñeca y de vestidos de seda ruidosa.

Cuando, un día tórrido de julio, echó un puñado de tierra sobre su ataúd. Théodule Notte comprendió que había amado profundamente a esta mujer que era cuarenta años mayor que él, porque mademoiselle Marie Beer era amiga de la infancia

de su madre. Apenas diferían en edad.

Un día, ¡oh!, muchos años después de su muerte, un domingo jamás maldecido bastante, descubrió en un cajón secreto de una de las mesas de Boule, cartas que probaban que el anciano capitán Soudan y mademoiselle Marie...

Monsieur Théodule Notte no había querido transformar en palabras la vergonzosa imagen que asesinaba el único recuerdo amoroso de su vida. Había sufrido profundamente en su ser y en su memoria. Ocho días seguidos perdió a las damas y, con profunda estupefacción de monsieur Hippolyte Baes, había estropeado un filete con puré de castañas cuya prestigiosa receta le había legado su madre.

Fue además el único acontecimiento que marcó sus días desde que ocupaba solo la casa centenaria del Ham, hasta el domingo del mes de marzo, negro de lluvia, de viento y de frío, en que, por no se sabe qué cataclismo secreto, el libro cayó del estante superior de la biblioteca del capitán Soudan.

II

Sería inexacto decir que monsieur Théodule no había visto jamás el libro, pero eso databa de tan lejos que otro que no fuera él hubiera perdido seguramente todo recuerdo.

Ahora bien: aquel día ocho de octubre, enterrado en el tiempo desde hacía casi medio siglo, había permanecido asombrosamente vivo en su memoria.

Además, su papel en la vida, ¿no parecía ser precisamente recordar y recordar?

Lo inverosímil, lo extraño, todo lo que nos produce náuseas de angustia en la boca, le había saltado al rostro como un gato, aquel día, a las cuatro de la tarde, al volver del colegio.

* * *

Las cuatro de la tarde es una hora neutra. Huele a café recién hecho y a pan caliente. No causa mal a nadie.

Las criadas abandonan las aceras brillantes de agua soleada, y las ancianas, que han vaciado su saco de malicias, abandonan sus observatorios de tul por las cocinas interiores oscurecidas por la bruma del escalfador.

Théodule volvía la espalda al colegio con toda la lasitud de su juventud perezosa e ignorante: un odioso problema de aritmética le había cepillado el cerebro.

—¿Para qué me servirá este espantoso problema en el que se trata de hombres que no se atrapan jamás? Papá y mamá ganan bastante dinero y me dejarán una tienda en donde yo lo ganaré a mi vez...

—Los palomos del guarnicionero corren por la placita. Voy a tirarles piedras, porque me gustaría matar el azul— respondió alguien.

Théodule no esperaba ninguna respuesta, porque hablaba para él mismo. Se dio cuenta, entonces, de que iba caminando con un muchacho zambo, el que ocupaba uno de los últimos bancos de la clase.

—¡Vaya! —dijo—. No sabía que venías conmigo... Me parecía que, desde la salida del colegio, Jérôme Meyer me acompañaba, y resulta que eres tú. Hippolyte Baes.

—¿Entonces no has visto que Meyer se ha refugiado en la alcantarilla?— preguntó el joven Baes.

Théodule se rió de dientes para afuera, por agradecerle. Apenas le conocía, porque Hippolyte pasaba por ser un mal alumno, poco querido de los maestros, y era de buen tono no frecuentarlo. Sin embargo, aquel día se sentía atraído por él.

Las calles estaban vacías, pero llenas de sol y de calor final de estación. Los palomos habían huido y se agrupaban sobre un aguilón lejano. Hippolyte dejó caer las piedras que les destinaba. Los muchachos habían llegado a la altura de una triste y sombría panadería.

—Mira, Baes —dijo Théodule—. No hay más que un pan en el escaparate.

En efecto, los enrejados de mimbre estaban vacíos, las cajas y los bocales no contenían más que tiernos grumos. No había más que aquel pan gris y arcilloso posado sobre el mármol del escaparate, como un islote en medio de la soledad del océano.

—Hippolyte —dijo el pequeño Notte—, hay algo en todo eso que no me gusta.

—Tú no llegarás jamás a resolver el problema de los correderos— replicó su compañero.

Théodule bajó la cabeza. Le parecía que la peor desgracia que podía sucederle era no encontrar esa solución.

—Si se abriese ese pan —continuó Baes—, se vería que estaba lleno de cosas vivas. El panadero y su familia le tienen mucho miedo. Por eso se han refugiado en el horno de la tahona después de haberse todos ellos provisto de cuchillos.

—Las señoritas Beer les han mandado panes de salchichas a cocer. Son estupendos, Hippolyte. Si logro robar uno, te lo llevaré...

—No vale la pena. Toda la panadería arderá esta noche y todos se quemarán dentro, así como las cosas que viven en ese pan.

Théodule no encontró nada que decir a eso, excepto que era una pena que los panes de salchichas no fueran cocidos.

—En todo caso, tú no los comerás— acabó Baes.

Y una vez más, el pequeño Notte se encontró sin saber qué decir.

No podía expresar cómo, en aquel momento, todo detalle, todo fragmento de pensamiento, toda cosa entrevista le eran penosos.

—Hippolyte —dijo—, mis ojos tienen mala vista, tú me hablas con un peine de hierro. Es una suerte que el viento no me traiga el olor de las cuerdas y, si una mosca debía posarse sobre mi cabeza, tendría seis patas de acero que hundiría en mi cráneo.

La respuesta fue como un bordoneo que captó mal.

—Tú has cambiado de plano y tus sentidos están en rebeldía.

—Hippolyte —imploró—, ¿cómo es que yo veo al viejo Soudan junto a su biblio-

teca, pegándose con un libro?

—Bueno, bueno —dijo el joven Baes—, todo eso es perfectamente cierto. Pero entre ver y ver en el tiempo, como tú lo haces ahora...

Théodule no comprendía nada. Un terrible dolor de cabeza le taladraba el cráneo.

Le era odiosa la presencia de su compañero, mientras que, al mismo tiempo, la soledad de la calle le llenaba de terror.

—Debe de hacer mucho tiempo que salimos de la escuela— dijo.

Hippolyte movió la cabeza.

—Pues no. ¿Acaso las sombras han cambiado de sitio?

En efecto, la placita no había cambiado sus sombras, ni siquiera la de su alta y ridícula bomba, ni la del carricoche del panadero, que clamaba al cielo por el mal estado de sus varillas.

—¡Ah! Aquí llega por fin alguien— exclamó el pequeño Notte.

La plaza que atravesaban con lentitud era la del Gros Sablon. Era triangular y en cada uno de sus vértices terminaba una calle larga y triste como un tubo de chimenea.

En el fondo de la calle de Cèdre era donde se movía una forma humana.

Théodule no la reconoció. Era una dama de ancho rostro pálido, iluminado por una tenue sonrisa. Iba vestida con un traje negro bordado con algunos abalorios. Una capota de tul cubría sus cabellos canosos.

—No sé quién es —murmuró—. Pero me recuerda a la pequeña Pauline Bulus, que vive junto a nosotros, en la calle de los Bateaux. Es muy tranquila y no juega con nadie.

De repente, lanzó un grito ahogado y agarró el brazo de Baes.

—Mira..., pero mira... Ya no lleva el vestido negro, sino un peinado de flores. Y, además... llora y grita. Yo no la oigo, pero grita. Se cae... Todo está rojo a su alrededor.

—No hay nada— dijo Baes.

Théodule suspiró.

—En efecto, no hay nada, no hay nada.

—Todo eso se encuentra en alguna parte en el tiempo —dijo Baes con ademán vago e indiferente—. Ven, te convidó a una limonada rosa.

Ahora sí habían cambiado las sombras de la plaza. Un rayo de sol se refugiaba contra las fachadas.

Los dos colegiales recorrieron una parte de la calle de Ceder.

—Vamos a tomarnos una limonada —dijo Baes—. Aunque esté coloreada en rosa, no por eso deja de ser una limonada. Entremos...

Théodule vio una casita extraña de ladrillos, blanca y como nueva, llena de ventanas ladeadas y cerámicas irisadas.

—Es bonita —dijo—. ¡Y decir que yo nunca la había visto! El hotel del barón Pi-

sacker toca, sin embargo, con el de monsieur Minus; no obstante, este agradable edificio está situado entre los dos. ¡Mira!.. Me parece que al hotel del barón le han quitado algunas ventanas.

Baes se encogió de hombros y empujó una puerta, preciosa como una enorme espetera, donde se podía leer en letras claras sobre un fondo rayado:

Taverne de l'Alpha

Penetraron en un rincón paradisíaco, metálico y muy iluminado, como en el corazón de un cristal raro.

Las paredes eran todas de cristales, sin dibujos definidos, pero detrás de los cristales palpitaba una luz animada. Abajo, contra el suelo cubierto de una alfombra oscura, había unos divanes continuos, forrados de tela rameada de color de laca encendida.

Un pequeño ídolo, de mirada torva, se miraba en un espejo de agua brumosa; su ombligo monstruoso, en forma de pebetero, estaba horadado en una piedra con vetas. Unas cenizas perfumadas ardían aún allí.

Nadie acudió.

A través de los cristales esmerilados se veía ensombrecerse la luz de la calle. La luz zodiacal, tras las paredes de cristal, corría, alocada, con movimientos bruscos de insecto perseguido.

Un ruido de agua corriente venía de los estanques.

Entonces, sin que la viese llegar, una mujer se hizo presente contra la luz del ventanal, repentinamente inmovilizada.

—Se llama Roméone— dijo Baes.

Y también, repentinamente, Théodule no la vio más. Pero su corazón estaba oprimido. Algo zozobró delante de sus ojos y sintió un verdadero malestar.

—Vámonos— dijo Baes.

—¡Gracias a Dios que al fin veo a alguien que conozco! —exclamó Théodule—. ¡Es Jérôme Meyer!

Este estaba sentado, en efecto, en el escalón más alto de la casa del comerciante en granos Gryspeerd.

—Eres tonto —le sopló Baes, cuando el pequeño Notte quiso acercarse—. Vas a hacer que te muerda. ¿Es que no sabes distinguir, pues, una persona de un vulgar ratón de alcantarilla?

Vio, entonces, con inexpresable dolor que lo que había tomado por Jérôme Meyer se estaba zampando de una forma comiquísima puñados de granos redondos y, ¡horror!, que una espantosa cuerda rosada y grasosa azotaba sus piernas.

—Ya te lo dije, que se había refugiado en la alcantarilla.

Al fin apareció el Ham, como si fuera un abra. Las señoritas Beer esperaban en el umbral de la tienda paterna, y la cabeza decrepita del capitán Soudan se asomaba a la ventana del primer piso. Su mano, que sobresalía por el reborde de piedra azul, sostenía un libro de un color rojo sucio.

—¡Dios mío! —exclamó mademoiselle Marie—. Este niño arde de fiebre.
—Está enfermo —dijo Hippolyte Baes—. Me ha costado mucho trabajo traerle.
Ha estado delirando durante todo el trayecto.
—No he comprendido nada de ese problema— gimió Théodule.
—Esa terrible escuela...— deploró mademoiselle Sophie.
—¡Calla, calla! —exclamó madame Notte—. Le vamos a meter en la cama sin tardar.

Le acostaron en el dormitorio de sus padres, que le pareció completamente desconocido y agitado.

—Mademoiselle Marie —suspiró Théodule—. ¿Ve usted ese cuadro que está enfrente de mí?

—Sí, niñito mío. Es Sainte-Pulchérie, una santa muy digna elegida del señor... Te protegerá y te curará.

No —gimió—. Se llama Bulus... Se llama Roméone... Se llama Jérôme Meyer, y es un feo ratón de alcantarilla.

—¡Misericordia! —lloró mamá Notte—. ¡Delira! Hay que llamar al médico.

Le dejaron solo un momento, nada más que un momento.

De repente, extraños golpecitos sonaron contra la pared. El niño enfermo vio la tela del cuadro hincharse bajo febriles papirotazos.

Hubiera querido gritar, pero era muy difícil. Le parecía que su voz retumbaba en parte distinta a la habitación.

Y de pronto un ruido argentino fluyó por toda la casa; una bandada de piedras inundó la fachada, rompiendo los cristales, rebotando en el interior de la habitación.

Entonces las cortinas de la ventana se hincharon y, con un rugido de furor, una enorme llama las devoró.

* * *

Ese fue el comienzo de la grave enfermedad de Théodule que reunió alrededor de su lecho a los mejores médicos de la ciudad y que le dispensó, una vez curado, de volver al colegio.

De este día dató su gran amistad con Hippolyte Baes que achacó al delirio todos los incoherentes recuerdos de la jornada del ocho de octubre.

—Roméone..., la Taverne de l'Alpha..., la transformación de Jérôme Meyer..., pamplinas, amigo mío.

—¿Y el cuadro de Sainte-Pulchérie, la lluvia de piedras y las cortinas prendidas fuego?

Mademoiselle Marie asumió la responsabilidad de eso. Ella había encendido un infernillo de alcohol para calentar té. En cuanto a la caída de las piedras, fue preciso admitir que en este momento una parte de la cornisa de la fachada se había derrumbado debido a las continuadas lluvias otoñales.

Había en todo eso muy extrañas coincidencias.

Se olvidó la cosa.

Sólo Théodule continuó recordándolo; pero ese era, hay que convenir en ello, su papel en la vida.

III

El libro, pues, cayó sobre el parquet del salón sin que nadie pudiese explicar su caída.

Es cierto que, en los últimos días, habían pasado por el Ham pesados camiones transportando mercancías del puerto y que todas las casas habían temblado desde sus cimientos, como en los sombríos estremecimientos de un temblor de tierra.

Monsieur Théodule reconoció inmediatamente el libro por su cubierta de un color rojo sucio, empañado de polvo y de manchas. Permaneció un buen rato contemplándolo, posado sobre la lana azul de la alfombra. Luego, se agachó para recogerlo con mano vacilante.

Su incompreensión fue enorme: ignoraba que existiesen semejantes obras.

Era un tratado muy vulgar del *Grand Albert*, seguido de una sucinta exposición de la *Clavícula de Salomón* y del resumen de los trabajos de un tal Samuel Podgers sobre la Cábala, la Nigromancia y la Magia Negra, según los escritos de los antiguos maestros de la Gran Ciencia Hermética.

No le lo hojeó sin gran interés y lo hubiera puesto de nuevo en su sitio si unas hojas intercaladas y manuscritas no hubieran llamado su atención.

El papel era de un grano muy fino y precioso, y la escritura, a tinta roja, era muy bella, pero de caligrafía minúscula.

En el fondo, después de haber acabado su lectura, Théodule no se consideró apenas más enterado y hasta se sintió poco atraído por su misterio al releer esas páginas.

Trataban de la evocación de las fuerzas oscuras, llamadas infernales, y del comercio que los seres humanos podían llevar a cabo con esas terribles entidades.

De hecho, constituían una crítica de los antiguos métodos revelados en el libro, rechazándolos como ineficaces y hasta ridículos.

«Los hombres», decía el comentarista desconocido, «no pueden alcanzar el plano donde se mueven los ángeles caídos, y es evidente que, para estos últimos, ellos presentan tan poco interés, que no se molestan en abandonar sus regiones para mezclarse directamente en nuestra vida».

La palabra *directamente* estaba escrita en caracteres grandes.

«Pero se debe admitir que existe un plano intermedio que es el del Gran Nocturno».

Esto estaba escrito en la parte baja de una de las cuartillas, y Théodule se dio cuenta, al volver la hoja, de que la continuación, que debía de ocupar varias pági-

nas manuscritas, faltaba.

Las siguientes insistían sobre las críticas anteriores, y Notte, que ya se mostraba impresionado por ese nombre de *Gran Nocturno*, buscó en ellas una explicación más amplia. No encontró sino cosas muy confusas. Sin duda, el autor estimaba haber dicho bastante sobre ello en las hojas perdidas.

«Es evidente que el Gran Nocturno teme que se le descubra, porque su conocimiento constituye, para los humanos, que lo hubieran descubierto, una defensa contra él y un debilitamiento de su propio poder».

Théodule se hizo entonces de ello una imagen bastante sencilla que le agradó: esta criatura, si criatura era, sería una especie de lacayo de los Grandes Poderes de las Tinieblas, delegado, para oscuras y culpables tareas, entre los hombres.

Volvió a colocar el libro en su sitio sin demostrar gran emoción. Sólo el recuerdo de haber entrevisto el libro rojo entre las imágenes brumosas de una pesadilla infantil le perturbó. Esperó algún tiempo antes de contar todo esto a Hippolyte Baes, el cual, a su vez, hojeó el libro y se lo devolvió, diciendo que, por sesenta francos, se encargaba de encontrar la pareja entre los libreros de viejo. En cuanto al manuscrito, apenas pasó los ojos por él.

—Todo esto nos hace perder un tiempo precioso para nuestra partida de damas— concluyó.

Aquella noche comieron un buen trozo de pato asado, y monsieur Théodule atribuyó a una digestión penosa la noche de pesadillas que siguió.

* * *

La verdad es que esa noche de pesadillas empezó, no por un sueño, sino por una realidad.

Théodule, una vez despedido a su amigo, subió a acostarse, llevando la lamparilla en la mano. Cuando alcanzaba el descansillo del primer piso, la puerta del salón del capitán Soudan se abrió y Notte olió un penetrante olor a cigarro.

Se detuvo, ligeramente asustado; cualquiera otra noche hubiera bajado la escalera de cuatro en cuatro peldaños y hasta salido a la cale.

Pero había bebido tres vasos de *whisky* famoso que había comprado a un marinero del puerto.

El licor prodigioso proporcionó un valor desacostumbrado a su almita y entró valientemente en la habitación oscura. Todo estaba en su sitio y apenas si aspiraba ya el olor del cigarro. No obstante, le pareció oler otro perfume, más suave, que se expandía por el salón: el de flores y frutas.

Se retiró después de haber inspeccionado las dos habitaciones, y cerró con todo cuidado las puertas antes de ganar su propia habitación.

Una vez en la cama, experimentó un ligero vértigo; pero logró vencerlo y se durmió.

«¿De dónde vienes tú, nube..?»

Se había despertado y estaba sentado en la cama, muy erguido. El gusto del *whisky* ponía mal sabor en su boca, sabor amargo y pastoso, pero su mente estaba clara y desprovista de brumas, al parecer.

El clavecín sonaba muy bajito, muy claro, en el silencio de la noche.

«Es mademoiselle Sophie», se dijo.

Y su corazón palpitó con fuerza, pero sin temor.

Oyó claramente una puerta que golpeaba; luego, unos pasos subiendo la escalera. Eran los pasos pesados y lentos de una persona inmensamente cansada.

«¡Es mademoiselle Marie! Sí, sí, presiento que es ella. Pero ¡qué cansada está por haber soportado durante tantos años la tierra que la cubría! Esa tierra que hacía *floc, foc*, cuando caía sobre su ataúd».

La lamparilla ardía con llama minúscula, pero iluminaba suficientemente la puerta, que Théodule vio abrirse con lentitud.

No había más que sombra en la abertura y un fino rayo de luna que caía desde una ventana alta de la fachada posterior.

Alguien andaba ahora por la habitación, pero Théodule no lo veía, aunque estaba bastante iluminada.

La otra extremidad de la cama crujió y comprendió que se había posado en él un gran peso.

«Es mademoiselle Marie se dijo otra vez. No puede ser más que ella».

El peso se desplazó y Théodule tendió la mano hacia el sitio donde veía el edredón de seda roja hundirse.

Bruscamente todo su ser se sumió en el terror.

Le cogieron la mano, se la apretaron, se la estrujaron. Se trataba de algo abominable que, con furor invisible, se arrojó sobre él.

—Mademoiselle Marie— suplicó.

La cosa retrocedió hacia el otro extremo del lecho y allí hizo un pozo enorme en el edredón y en las mantas.

Théodule vio perfectamente el sitio de dos manos gigantes apoyadas sobre la cama y, a continuación, un tronco inverosímil, sentarse en ella.

No oía nada, pero tuvo la sensación de una respiración monstruosa a su lado.

Abajo, el clavecín volvió a interpretar la canción en una sucesión de tonos horriblemente agudos; luego, se calló bruscamente.

—Mademoiselle Marie...— empezó a decir.

No pudo hablar más. La cosa se arrojó sobre él y lo hundió en los almohadones.

De repente, Théodule se puso a luchar con ese innominado ente que le había agarrado y, con un ademán que le costó sus últimas fuerzas, lo arrojó lejos del lecho.

No oyó ruido ninguno de caída; pero tuvo la sensación de que el tenebroso enemigo había sufrido una derrota y lo lamentaba.

Gracias al rayo de luna que se colaba por la entreabierta puerta pudo ver, al fin,

algo.

Era informe y muy negro; pero presentía perfectamente que era mademoiselle Marie quien, con sufrimiento inaudito, se movía en un torbellino de sombra.

No obstante, la cosa estaba recuperando fuerzas y eso también lo presentía.

Pero sabía igualmente que, esta vez, sería vencido de mala manera en esa lucha cuyo final sería para él peor que la muerte.

De repente, oyó un ruido extraño, maravilloso y, a la vez, terrible; otra presencia estaba allí, por encima de toda comprensión, espantosa.

El clavecín tocó con tono quejoso y muy dulce. Luego, la masa negra se fundió en un humo que siguió al rayo de luna antes de desaparecer.

Un dulzor infinito penetró en el corazón de Théodule. El sueño volvió a él inmediatamente y le acogió como onda salvadora.

Pero antes de hundirse en él, en la beatitud del olvido, vio una gran sombra interponerse entre la luz de la lamparilla y él.

Vio una inmensa figura vuelta hacia él, tan alta, que el techo se alzó por encima de ella, rodeando su frente de un halo de estrellas. Era más tenebrosa que la noche misma y provista de una tristeza tan grande y tan grave que todo el ser de Notte se estremeció de dolor.

Supo, entonces, por una revelación misteriosa nacida en lo más profundo de su alma, que acababa de encontrarse cara a cara con el Gran Nocturno.

* * *

Monsieur Théodule no ocultaba nada a su amigo Hippolyte, y le contó todo minuciosamente.

—Un mal sueño, ¿no es verdad? Un sueño muy extraño— dijo.

Monsieur Baes guardó silencio.

Por primera vez en su vida, Notte vio hacer a su viejo amigo un gesto que no pertenecía a la norma corriente de los días.

El viejecillo subió al piso, cerró la puerta del salón del capitán Soudan y se metió la llave en el bolsillo.

—¡Te prohíbo que vuelvas a entrar allí!— dijo.

Monsieur Théodule tardó tres semanas en construir una llave falsa que le abriese de nuevo la puerta prohibida.

IV

Mademoiselle Pauline Bulus pasó una piel de ante ambarina por encima del mármol de la chimenea, el archivo de cajas y la cara de algunos *bibelots* de porcelana y de imitación de Sèvres, aunque no tenían ni una mota de polvo para hacerlo.

Por un momento, se preguntó si no haría bien en sustituir las mustias margaritas por algunos crisantemos del tiempo, pero la idea de llenar de agua los altos y finos jarrones de porfirio blanco, que se alzaban a ambos lados de la chimenea, le hizo

temblar.

El espejo le devolvió, a la suave claridad de la lámpara, una imagen que le era poco familiar. Se había hecho ondular el cabello canoso y puesto un rosetón de polvos rosas en las mejillas.

De ordinario, llevaba una larga bata de grueso paño color castaño que se asemejaba a un hábito monjil; pero, esta tarde, la había reemplazado por un ligero peinador de seda estampada con florecillas purpúreas. Una bandeja de laca de China ocupaba el centro de una mesa cubierta con un mantel bordado en grandes flores.

—Kummel..., anisete..., coñac...— murmuró a media voz, mirando a través las facetas de los tres frasquitos panzudos.

Tras un minuto de duda, sacó del aparador una caja de hojalata, de la que se desprendió un olor a vainilla.

—Barquillos rellenos..., almendrucos..., paciencias —enumeró con aspecto de gata golosa—. Aún no hace mucho frío. Además, las gruesas velas de la lámpara dan bastante calor.

Un ruido de pasos nacía en la silenciosa calle. Con precaución, Pauline Bulus levantó con un dedo la pesada cortina de tapicería.

—No es él... Me pregunto...

De vivir sola en su casita de la calle Blanchisseurs, había tomado la costumbre de hablar consigo misma o de dirigirse a todas las cosas familiares que la rodeaban.

—¿Sería este un gran cambio para bien en mi vida?

Se dirigía ahora a una figura de barro cocido que tapaba el fondo amarillo claro del papel que tapizaba la pared. Era una cara gorda, tonta y sonriente, que el modelador había titulado «Eulalia».

La pregunta no turbó la serenidad de la máscara de piedra.

—¡No sé, en verdad, a quién pedir consejo!

Se inclinó hacia las colgaduras, pero no oyó más que el fuerte viento barrer las primeras hojas secas del otoño a lo largo de la acera.

—¡Claro que aún no es la hora!..

A Pauline le pareció que una sombra de ironía cruzaba por la gorda cara de Eulalia.

—¡No puede venir hasta que sea completamente de noche! ¿Comprendes, querida?.. ¿Qué dirían los vecinos?.. ¡En un dos por tres, mi reputación quedaría por los suelos!

Apoyando una mano temblona sobre su escuálido pecho, murmuró:

—Es la primera vez que permito que un hombre me visite. ¡Y por la noche, además! ¡Cuando la mayoría de las personas duermen! Señor, ¿soy mala?.. ¿Voy a caer en el más odioso de los pecados?

Su mirada se fijaba en la llama redonda de la lámpara.

—Es un secreto... No hubiera debido hablar de él a nadie... ¡Ah!

No había oído el ruido de pasos, pero la trampilla del buzón de cartas había

emitido un ligero picotazo. Abrió la puerta del salón para alumbrar un poco el tenebroso vestíbulo.

—¿Es usted?.. —murmuró en un soplo, entreabriendo la puerta—. Pase.

Su fina y temblorosa mano señaló un sillón, los frascos y los dulces.

—Kummel, anisete, coñac, barquillos rellenos, almendrucos, paciencias...

No hubo más que un golpe sordo, apagado, enorme.

Una mano firme volvió a su sitio los licores y la caja de galletas; luego, bajo la lámpara antes que un soplo breve se apagara.

En la oscura calle, el viento era más fuerte y atacaba con frenesí a las contraventanas mal ajustadas de las casas viejas.

—¡Je, je!.. Nada de gritos..., nada de sangre en el peinador estampado con flores... ¡Je, je!.. Sin embargo, recuerdo... Pero era falso, archifalso... Nada de gritos..., nada de sangre... ¡Je, je!

El viento se llevó hacia el río estas palabras extrañas.

Era un miércoles por la noche, día en que monsieur Théodule Notte no recibía la visita de Hippolyte Baes. En el salón del capitán Soudan, se hallaba sentado en el sillón, junto al armario del clavecín. Lentamente, volvía las páginas del libro rojo.

—Pues bien —murmuró—, pues bien...

Parecía que esperaba algo, pero nada sucedía.

—¿Valía la pena?— se preguntó.

Y su boca se plegó amargamente.

Regresó al comedor para fumar su pipa y leer bajo la lámpara uno de sus libros favoritos: *Las aventuras de Telémaco*.

* * *

—Dos crímenes en menos de quince días— gimió el comisario de policía Sanders, paseando nervioso por su despacho de la calle Ursulines.

Su secretario, el gordo Porthals, firmó un largo informe.

—La asistenta de mademoiselle Bulus afirma que nada ha desaparecido de la casa, ni siquiera un alfiler. La señorita no tenía amistad con ningún vecino ni recibía a nadie. Por otra parte, no hay ningún rastro de intrusión... ni de nada. ¡Me pregunto si será crimen!

El comisario le lanzó una mirada furiosa.

—Se hundió ella misma el cráneo, ¿no?.. De un simple golpetazo contra la pared, ¿eh?

Porthals se encogió de hombros y continuó:

—En cuanto a ese pobre Meyer, tampoco se sabe qué pensar. Su cadáver fue retirado de la alcantarilla del Molino, en Foulons. Las ratas le habían destrozado terriblemente la cara.

—Podría hablar usted con más delicadeza —le corrigió el comisario—. ¡Pobre

Jérôme! ¡No tenía más que amigos! ¡La garganta abierta, y cómo! ¡Ah, la bestia que ha hecho eso no tiene entrañas!; ¡puaf!

—¿Va a detenerse a alguien?— preguntó el secretario.

—¿A quien? —ladró el comisario—. Consulte el periódico, la columna de los recién nacidos, y elija entre ellos, si gusta.

Pegó el enrojecido rostro contra el cristal de la ventana y saludó con un ligero movimiento de cabeza a monsieur Notte que pasaba por la calle.

—¡Tenga! ¡Póngale las esposas a ese idiota de Théodule!— exclamó.

Porthals estalló en una carcajada ruidosa.

Monsieur Notte cruzó la plaza del Gros Sablon, echó una mirada amistosa a la alta bomba y se metió por la calle Roitelet.

Al llegar delante del hotel Minus su corazón se sobresaltó.

Durante un breve segundo, vio una puerta de cobre rojo y las palabras brillantes: *Taverne de l'Alpha*. Pero, cuando se acercó, no encontró más que las sucias fachadas de siempre.

Mientras que atravesaba la antigua calle de Peignes, vio una puerta abierta sobre un jardincillo pobre, donde una mujer alta y delgada daba de comer a unos pollitos esqueléticos. Se entretuvo un momento en mirarla y, cuando ella alzó los ojos, la saludó. La mujer pareció no conocerle y no le devolvió la cortesía.

—Me pregunto —decía Théodule— dónde puedo haberla visto, porque, a fin de cuentas, yo la he visto en alguna parte, de eso no hay duda.

Siguiendo a lo largo del parapeto de piedra del puente de Lait Tourné, se dio un golpe en la frente con la mano:

—¡Sainte-Pulchérie! —exclamó—. ¡Ah! ¡Cómo se parece a la santa del cuadro!..

Había cerrado la tienda aquel día y se daba prisa en volver a encontrar el Ham familiar.

«Esta noche cenaremos pollo con vino —se dijo—, y monsieur Hippolyte podrá traer uno o dos panes de salchichas que he mandado a cocer a casa del panadero Lambretchs».

* * *

Pulchérie Meire dejó con disgusto el plato donde se enfriaba un caldo de cebollas poco apetitoso.

—¡Las once! —gruñó—. Vamos a ver si puedo ganar todavía unos céntimos.

De once a una de la mañana se ponía a la puerta de los cafés que cerraban tarde para presentar a los últimos clientes su grotesca pacotilla de galletas crujientes, huevos duros y habas fritas.

En otra época había sido una muchacha muy bonita, muy solicitada por los hombres, pero aquellos años felices huyeron muy pronto.

Su asombro fue grande cuando, al abandonar la oscura calle Epingles, vio una

sombra ponerse a su paso.

—¿Puedo ofrecerle..?— vaciló una voz en la sombra.

Pulchérie se detuvo y señaló las ventanas rosadas de una taberna próxima.

—No, no —protestó el hombre—. En su casa, si no le importa.

Pulchérie se echó a reír al decirse que, según el proverbio, de noche todos los gatos son pardos.

—Si eso no me hace perder la ganancia de esta noche... —dijo—. Yo *hago* a veces más de cien francos.

Por toda respuesta el hombre hizo sonar algunas monedas de plata en su bolsillo.

—Bueno —aceptó Pulchérie—. Abandono el trabajo por una noche... En mi casa tengo cerveza y ginebra.

Camaron juntos por la plaza del Marché completamente desierta y fue Pulchérie quien hizo todo el gasto de conversación.

—La vida es dura para una mujer sola. He estado casada; pero mi marido me abandonó por una puerca que hace las ferias por las provincias. Si recibo a alguien en mi casa, tengo derecho a ello, ¿no es verdad?

—¡Muy cierto!— respondió el hombre.

—Pero no puedo tenerle hasta mañana..., por los vecinos, que son muy malos.

—¡Comprendido!

La mujer abrió la puerta del jardincillo y le cogió la mano.

—Déjeme que le guíe. Tenga cuidado, hay dos escalones...

La cocina donde introdujo al visitante nocturno era pobre pero muy limpia; las baldosas rojas brillaban y, en la alcoba, la cama revelaba atrayentes blancuras.

—Está todo muy limpio, ¿eh?— exclamó ella con orgullo.

Luego se volvió hacia él, socarrona cuando menos.

—Así, pues, acosa a las damas en la calle, ¿eh, malvadito?

El hombre gruñó, con la cara vuelta hacia la puerta.

—¿Cerveza o ginebra?

—¡Cerveza!

—Bueno. Yo bebo de lo que gotea.

Se dirigió a un armario de muñeca y retiró un caneco de barro azul. En un rincón, cubierto de un trapo húmedo, un barril dejaba caer a pequeños ruidos gotas de cerveza en un grueso cuenco de escayola.

—Es cerveza de Duyckers —anunció la mujer—. ¡Le debería gustar esta!

—La bebo algunas veces— gruñó el hombre.

Bebieron.

La mujer había encendido una lámpara de cristal con mecha lisa que apenas alumbraba la mesa y los vasos.

—Está usted bien instalada aquí— dijo el hombre, cortés.

Pulchérie Meire era sensible a las atenciones y al civismo masculino, del que es-

taba falta desde hacía mucho tiempo.

—Para ser pequeña, mi casa no es menos que otras. El viejo Minus la separó de su propia mansión, no se sabe por qué, y la alquiló.

—Minus...— repitió el huésped de medianoche.

—Sí, ese viejo barón de la calle Roitelet. Si se hiciese un agujero en esta pared, se entraría de golpe en sus cocinas.

Se rió de buena gana.

—Apuesto que allí se encontraría menos de beber y de comer que aquí.

Volvió al barril y dejó correr la cerveza desde lo alto para que hiciera espuma en el vaso. Al agacharse, su gruesa *echarpe* de lana azul se desenrolló.

De pronto, la corbata se cerró, se cerró...

Pulchérie Meire suspiró profundamente. No era muy fuerte, y casi sin resistencia se deslizó al suelo.

Tiraron la lámpara, y la llama verdosa corrió a lo largo del petróleo vertido.

Una puerta se cerró, chirriando sobre sus goznes. En el jardín, una gallina, turbada en su sueño, se despertó y cacareó ligeramente.

En la sombra, dos gatos se enfrentaron lanzándose asustadizos gritos de guerra.

El reloj de Beffroi dio las doce campanadas de la medianoche en el momento en que el sereno Dierick tocaba la trompeta de alarma al ver altas llamas elevarse por encima de los tejados de la vieja calle de Peignes.

—Ya hasta las desgracias nos siguen a nuestra inmediata vecindad —lloriqueó el comisario Sanders—. ¡Un incendio y un cadáver! Me pregunto...

—Si no es un doble delito —acabó Porthals—. Es posible. Todas las cosas se hacen en tres tiempos, a creer la moral de los marineros; pero lo que queda de Pulchérie Meire no es suficiente para probarlo. Es inútil que nos metamos en un caso más.

—Es lo que yo digo —aprobó Sanders, con voz lastimera—. Pero se lo repito, Porthals: en el ambiente hay algo dañino, como en los tiempos de epidemia.

El sereno Dierick, que estaba de plantón, pasó su cabeza de bellota por la abertura de la puerta.

—El doctor Santherix está aquí, y quiere verle, señor!

Sanders suspiró.

—Si hay algo que repique en el caso de Pulchérie Meire, será ese condenado de Santherix quien lo descubrirá.

Y, en efecto, el doctor había encontrado algo.

—Llevo mi informe al procurador del rey —declaró—. Pulchérie Meire fue estrangulada.

—¡Bah! —protestó Porthals—. Si de ella quedaban solamente algunas cenizas grasientas...

—Vértelas del cuello rotas —respondió el médico—. La cuerda de la horca no lo hubiera hecho mejor.

—¡Tres! —suspiró Sanders—. ¡Y que no me encuentre en víspera de retirada!..

Con letra fina y apretada, se puso a rellenar largas páginas de papel cuadriculado que iba pasando a su ayudante. Un agente trajo lámparas y, cuando las ventanas del café del Miroir se alumbraron, los dos policías continuaban aún ennegreciendo páginas.

—¡Se acabó la buena vida!— maulló Sanders, frotándose las manos, que se le quedaban heladas.

—Si yo tuviese en mis manos al hijo de perra que nos ha jugado semejante faena —añadió Porthals—, sería capaz de robar el puesto al verdugo.

V

Monsieur Théodule quedó algún tiempo a la escucha de los ruidos de la calle. Los pasos de monsieur Baes se acallaron, y solamente el golpeteo de su bastón a lo largo del borde de la acera se oía aún. Se oyeron por espacio de algunos segundos más.

Ya en la habitación del capitán Soudan, encendió todas las velas de los candelabros y se instaló en la butaca.

El libro rojo estaba sobre la mesa, al alcance de su mano, y Notte la puso sobre él con toda solemnidad.

—O yo he comprendido mal tu ciencia o he llenado todas las condiciones, ¡y me debes lo que me debes!— dijo con cierto énfasis.

Miró a su alrededor, esperando algo.

Pero la puerta no se abrió y las llamas de las velas continuaron rectas. Ningún desplazamiento de aire, ningún viento, las movía.

Théodule retiró la mano y se la llevó a la frente.

—Para un hombre que, en el colegio, no comprendía nada sobre el problema de los corredores, tiene que ser muy difícil comprender lo que haga para mí, ¡oh extraño libro rojo!, y más difícil aún para... actuar según tu terrible voluntad.

Gotas de sudor perlaban sus sienes.

—Obedecer al Destino..., todo estriba en eso, diría Hippolyte. Pero eso no me explica nada. Ahora bien: ese destino me parece que está encerrado en aquella jornada del ocho de octubre. Mi vida se detuvo allí de alguna forma; su marcha fue bloqueada ese día como un freno potente detiene un coche. ¿Qué o quién quitará ese freno?

Continuó lamentándose, dirigiendo una mirada de reproche al libro rojo.

—¿Me habrás mentado, libro sabio?

Se sobresaltó.

Nada había sucedido, nada se había movido en la habitación, pero él se puso en pie y se dirigió de prisa hacia la puerta, empujado por una fuerza que se revelaba fuera de sí mismo.

—No he pedido nada —soliloquió, mientras bajaba la escalera—; pero alguien sabe lo que yo deseo verdaderamente, cuál es el único fin de mi vida. ¿Voy a saber-

lo hoy?

El Ham estaba desierto cuando subió por él hacia la parte alta de la ciudad. El puente de Latí Tourné sonó bajo sus pisadas y, al cruzar la explanada de Saint-Jacques no vio ya ninguna luz en los cafés.

«Debe de ser muy tarde— se dijo».

No experimentó ninguna extrañeza al ver una ancha franja de luz que agujereaba las tinieblas de la calle Roitelet.

Respiró profundamente y una repentina fiebre se apoderó de él.

—¡Por fin..., ahí está..., la Taverne de l'Alpha!

Empujó la puerta y volvió a ver los divanes bajos, el monstruoso ídolo de piedra y las vidrieras, tras las cuales palpitaba la misteriosa claridad.

—Roméone!— gritó.

Sin que la viese llegar la encontró a su lado.

—Aquí está —dijo Théodule—. Ahora sé lo que he deseado toda mi vida.

Ella fijó una larga mirada sobre él. Luego murmuró en voz baja:

—¡Ah! ¡Qué dulce sería para mí vivir ahora!

—¿Vivir?

Se apretó contra él y Théodule sintió que le invadía un gran frío.

—¡Hace tantos años que estoy muerta, pequeño!

Théodule gritó de terror; pero, al mismo tiempo, le invadió una terrible alegría.

—Roméone..., sí, te reconozco perfectamente; sin embargo, encuentro a alguien más en ti.

Un brazo suave y robusto le rodeó. Se sintió atraído sobre un cuerpo firme, pero frío.

—¡Mademoiselle Marie!

—Si así lo quieres... respondió ella—. Un día te darás cuenta, tal vez, que, para ser extraña y terrible, la verdad es sencilla: *Hubo años entre nosotros, ya no los hay...* ¡Ven!

Tras las vidrieras, la claridad enloqueció repentinamente. Théodule la señaló con el dedo, pero Roméone le apartó vivamente la mano.

—¡No, no! ¡Haz como si no estuviera ahí!

—¿Qué hay detrás?— preguntó.

La mujer hizo un gesto de espanto.

—Siempre habrá tiempo de saberlo, pequeño, cuando no tenga más remedio que volver allí y tú también...

Puso sus labios sobre los de él para evitar una pregunta.

—Hace tantos años que te he besado así... —dijo febril—. ¿Te das cuenta ahora de quién soy?

—¡Oh, sí! Roméone... No, mademoiselle Marie. ¡Te he amado! ¡Ahora ya sé cuál era mi destino: amarte! Por eso he obedecido al libro; he solicitado la ayuda del... *Gran Nocturno*.

La mujer lanzó un grito espantoso.

—¿Y me has arrancado de la tumba por eso?

Théodule trató de separarse un poco de ella.

—El pasado... Yo soy el hombre que sólo ha vivido para él..., que he consagrado mi tiempo a mi recuerdo. Comprendo. ¡Me vuelven a él!

* * *

Tres días más tarde, el comisario Sanders comenzó un nuevo informe que su ayudante releyó, retocó y del que hizo tres copias. La apostilla que se le añadió decía:

Desaparición del llamado Théodule Notte

El pobre Sanders se hubiera hundido en la más negra demencia si hubiese podido ver que, a aquella hora, el llamado Théodule Notte fumaba beatíficamente su pipa delante de la gran bomba del Gros Sablon, a treinta pasos de la Comisaría.

Dos horas después, se cruzaba con él delante de las ventanas iluminadas del café del Miroir, y, hacia medianoche, doblaba, al mismo tiempo que él, la esquina de la calle Roitelet para dirigirse a la Taverne de l'Alpha.

Claro que esta taberna no existía para Sanders ni para los demás, porque se situaba fuera del tiempo del buen comisario y de sus conciudadanos, así como la propia vida de monsieur Notte.

Ni Sanders ni los otros estaban iniciados en los misterios del libro rojo, y el Gran Nocturno no se preocupaba de ellos.

Esta vida de Théodule Notte no se parecía en nada a un sueño. El bello cuadro de la taberna y el ardiente amor de Roméone o de mademoiselle Marie eran suficientes para hacerla tangible y bella.

—¿No quieres volver a ver a «los otros»?— preguntó un día la mujer amada.

Théodule tardó algún tiempo en comprender lo que quería decirle.

Era un hermoso domingo por la tarde, un poco frío, pero claro y agradable.

Abandonaron la taberna y descendieron por la calle del Roitelet. La plaza de Saint-Jacques estaba llena de gente, porque habían levantado en ella un quiosco donde una banda tocaba a bombos y platillos.

Pasaron a través de la muchedumbre, invisibles para ella, puesto que se movían fuera de su tiempo.

En el momento en que atravesaban el puente y vieron la profundidad soleada del Ham abrirse ante ellos, monsieur Notte se estremeció.

—¿Vamos..., a mi casa?— preguntó.

—Sin duda alguna— respondió mademoiselle Marie, presionándole con cariño el brazo.

—¿Y...?— empezó a decir, con un poco de angustia.

Ella se encogió de hombros y lo arrastró.

Cuando empujaron la puerta de la tienda, oyó una apagada canción procedente

del piso:

¿De dónde vienes, hermosa nube... empujada por el viento...?

Apenas si se asombró de encontrar, en el salón del capitán Soudan, a mademoiselle Sophie, instalada delante del clavecín, ni de volver a su madre, bordando espantosas zapatillas amarillas, ni de sentarse al lado de su padre, que fumaba una larga pipa de Holanda.

Nada en esta reunión dominical hacía pensar que treinta años de sepultura había separado a esos seres.

No hubo ninguna frase de saludo ni nadie se extrañó de ver a Théodule viejo, con más de cincuenta años, al lado de mademoiselle Marie.

Théodule vio que su amiga llevaba un grueso traje de lana bordado con azabache, y no la fina tela de seda, bordada en plata, que llevaba Roméone al salir de la Taverne de l'Alpha.

Pero él aceptó todo esto como perteneciente a las cosas normales.

Cenaron con muy buen apetito y Théodule volvió a saborear con placer una salsa con vino y otros platos cuyo secreto había guardado siempre celosamente su madre.

—¡Vamos, Jean-Baptiste!... No se aprende nada bueno en los libros.

Así reprendía solamente mamá Notte a su marido, que se había atrevido a echar una mirada de soslayo hacia la biblioteca.

Se separaron cuando acabó la noche. Théodule y mademoiselle Marie regresaron a la Taverne de l'Alpha.

—¡Vaya! —exclamó de pronto—. no hemos visto al capitán Soudan.

Su compañera se sobresaltó.

—No hables de él —suplicó—. ¡Por nuestro amor, no hables jamás de él!

Théodule la miró con curiosidad.

—¡Jé, jé! —exclamó—. Sea... No te preocupes.

Luego, sus ideas se bifurcaron.

—Me parece que todo lo que mamá y papá han dicho, lo habían dicho ya; que yo ya había oído el concierto de la plaza de Saint-Jacques y hasta recuerdo haber comido...

Su compañera le interrumpió con alguna impaciencia.

—Evidentemente... Esas no son más que imágenes pasadas entre las cuales estás errando ahora.

—Entonces, ¿papá y mamá Notte y mademoiselle Sophie continúan... realmente muertos?

—Claro que sí...

—¿Y tú?

—¿Yo?

Dijo esa palabra envuelta en un grito tembloroso de horror.

—¿Yo? Tú me has arrancado de la muerte para que sea tu propiedad, tu...

Por un momento, él creyó ver algo que cambiaba en ella. Entrevió algo negro,

monstruoso y espantosamente hostil; pero fue tan breve que pudo sospechar que se trataba de un juego de sombras, porque, en ese segundo, las finas llamas de las velas vacilaban en el viento de la tarde que se colaba por una ventana abierta.

—Nunca he deseado nada más que esto —dijo con simplicidad—, pero no llegué a fijar este deseo ni a expresarlo.

No fue ya cuestión entre ellos este extraño y doloroso intermedio. Vivían días tranquilos y gozosos, sin abandonar para nada la taberna, y monsieur Théodule no pensó en regresar más al Ham para moverse allí entre imágenes.

Una noche se despertó y tendió la mano hacia la almohada donde debía reposar la cabeza de su amiga.

El sitio estaba vacío y helado.

Llamó y, al no recibir respuesta alguna, abandonó el dormitorio.

La casa le pareció extraordinariamente desconocida y tuvo la sensación de hundirse en un mundo de ensueño, irreal y esfumado...

Subió escaleras, bajó otras, atravesó habitaciones bañadas en claridades pobres y siniestras.

Sin embargo, volvió a encontrar la suya, con la cama vacía.

Se le crispó el corazón. Un sentimiento nuevo y desgarrador acababa de nacer en lo más profundo de su ser.

«Se ha marchado... Ha ido a *su* encuentro... Lo sé, porque tengo la prueba de ello en las cartas que encontré en el *secrétaire* de Boule».

Se lanzó a la calle como un nadador al mar, y recorrió a grandes zancadas la plaza de Saint-Jacques, pasó los dos puentes y se hundió en la espesa sombra del Ham.

Un rayo de luna se agarraba a la gruesa bobina de hierro de la mercería y Théodule observó durante un rato la fachada. La claridad lunar cambiaba los escasos fulgores interiores que él creía ver por entre las aberturas de los estores.

—¡Ah! —gruñó de pronto—. *Él* está en mi dormitorio. *Él* ha encendido las velas. ¡*Él* lee en su infame libro rojo y *ella* está al lado de *él*!

Su llave abrió la puerta de la tienda, cuyos cerrojos no habían sido corridos.

En cuanto alcanzó los primeros peldaños de la escalera llegó a su nariz el olor del cigarro.

Anduvo sin dificultad en la oscuridad, ayudado por un poco de luna que se filtraba por una claraboya de los pisos superiores. En el primer piso, una raya de luz subrayaba la parte de una puerta.

Théodule se lanzó al interior de la habitación.

Seis velas ardían en los altos candelabros de cobre y un poco de brasa enrojecía aún el hogar de la chimenea.

—¡Ah! —exclamó una voz ronca—. ¡Es usted!

El viejo capitán Soudan, sentado en la butaca Voltaire, levantó hacia él una cabeza calva y dejó el libro sobre la mesa.

—¿Dónde está ella?— gruñó Théodule.

El anciano le miró fijamente, pero no respondió.

—Me lo va usted a decir... No me la quitará más... He hecho todo lo que me ha aconsejado su asqueroso libro y *la* quiero, ¿me oye usted?

Por la vidriosa mirada del capitán pasó un ligero fulgor.

—¿Se marchó? —preguntó con una voz espantosamente profunda—. Sí..., sí... Le bastó un rayo de luna para huir. Por tanto, se marchó...

Volvió a coger el libro rojo.

—¡Deje su infame libraco y respóndame! —gritó Théodule—. Quiero saber en dónde está.

—¿En dónde está?.. ¿De veras?.. Esa es la cuestión: ¿en dónde está?

Una enorme sombra parpadeó en la pared de enfrente y Notte vio que las tres velas de uno de los candelabros acababan de apagarse a la vez. Por las aberturas de los estores era visible el rayo de luna, el cual se deslizó hasta la butaca del capitán.

Théodule avanzó hacia él, con las manos amenazadoras.

—Le odio —gruñó—. Me la quitó usted en mi juventud y quiere volver a robármela ahora.

Las manos estaban a la altura de los hombros del viejo, que permanecía inmóvil, hundido en los almohadones de su asiento.

Las llamas de otras tres velas se desvanecieron, como si las hubieran soplado bruscamente; pero los rayos de la luna dibujaban claramente la forma agazapada del capitán sobre la pantalla de tinieblas.

—Voy a matarle, Soudan— murmuró Théodule.

Agarró algo frío y fofo, oyó un estertor y una risita. Después notó sus dedos cerrarse sobre el vacío.

—¡Muerto! —gritó—. ¡Ya no me la quitará mas!

De repente, las contraventanas golpearon, se abrieron de par en par y una amplia claridad lunar invadió el salón.

Théodule dio un grito de espanto: una masa brumosa se movía en la habitación y rodaba hacia él con una ferocidad que él adivinaba más que veía.

Por la verde claridad vio pasar manos fantasmales y gigantescas, mientras se precisaba un rostro terrible.

—¡Mademoiselle Marie!— sollozó, recordando la pesadilla de una noche lejana.

La cosa innominada fue hacia él, ahogándole, aplastándole, soplándole a la cara un espantoso aliento de sepultura.

Y la pesadilla se desarrolló de la misma forma que aquella otra noche: la monstruosa bruma retrocedió y huyó, dejando trazos fuliginosos a lo largo de los rayos lunares.

Durante un segundo, Théodule entrevió la inmensa y seria cara suspendida en el cielo, entre las estrellas. Luego se achicó y se acercó a la ventana a una velocidad increíble. Las velas se encendieron, las contraventanas golpearon al cerrarse de nuevo, y Théodule volvió a verse en el salón, con los ojos fijos en una butaca vacía.

Pero, ante el fuego que agonizaba, se hallaba en pie, mirándole con una sonrisa un poco triste, monsieur Hippolyte Baes.

* * *

—¡Hippolyte!— exclamó.

No había visto a su antiguo amigo desde que siguiera el destino que le había marcado el libro rojo.

Monsieur Baes continuaba llevando su levita veronesa, y su bastón con contera de metal lo tenía colgado del brazo.

De golpe, lo alzó y, con la punta, señaló la butaca.

—¿Ya no lo ves?

—¿A quién?.. ¿Al capitán Soudan?

Hippolyte Baes se rió burlón por espacio de unos segundos.

—Un asqueroso demonio... *Allá* se hacía llamar Tegrath. Se vanagloriaba de ser el demonio de los libros y es el único que ha quedado sobre la tierra.

—Un demonio..., un dominio— balbuceó Théodule, sin comprender.

Su compañero le miró con ternura.

—Mi pobre amigo, el tiempo apremia y no podré hacer ya mucho por ti. Tú has suprimido radicalmente todo lo que le quedaba de vida terrestre al apretar el cuello de esa porquería que el infierno había dejado en la tierra. Pero, al hacerlo, te has colocado en otro plano del tiempo que no podrá ya acogerte...

Théodule se apretó las sienes con las manos.

—¿Qué me ha sucedido?.. ¿Qué he hecho, pues?

Hippolyte puso la mano sobre el hombro de su amigo.

—Voy a decirte algo que va a causarte mucho dolor, pobre amigo mío. El capitán Soudan... no, Tegrath, era... tu padre... Por tanto, tú...

Théodule dio un grito de horror y de desesperación.

—Mamá... Entonces, yo... el hijo de una...

Hippolyte le cerró la boca.

—Ven —dijo—. Ya es hora...

Théodule volvió al Ham, a los dos puentes, a la plaza de Saint-Jacques, pero los espacios que veía no eran ya tan solitarios, le parecía a él. Veía por todas partes sombras y oía confusos rumores.

Había luz en la Taverne de l'Alpha en el momento en que Hippolyte empujó la puerta.

—¡Atención! Hoy ella existe para todo el mundo...— dijo.

Prestó oído atento a los ruidos lejanos de las calles.

—Un hombre, nacido de Dios, fue el Redentor de los hombres —murmuró—. Ahora bien..., un espíritu de la noche, copiando ese gesto de amor y de luz, hizo nacer un hombre...

Miró a Théodule con un poco de afectuoso desprecio.

—Hizo de él el más triste y el más lamentable de los hombres.

—Yo —dijo Théodule—. Triste y lamentable..., ¡oh, sí!

Miró el decorado caliente y familiar de la solitaria taberna.

—Todo el mundo me ha traicionado —suspiró—, y... sin haberme querido.

—¡Sí!

Era un grito sordo que había vibrado en el aire.

—Roméone... ¡Mademoiselle Marie!— exclamó Théodule, y un fulgor de alegría apareció en sus ojos.

Pero Hippolyte Baes negó con la cabeza.

—Alguien se preocupó de tu gran miseria, amigo mío. Pero no podía hacer nada contra el destino que debía ser el tuyo. Sin embargo, anduvo a tu lado, defendiéndote contra los atroces entes de la pesadilla. Trató de detener las horas y de verte hundido en el pasado, a ti, para quien el porvenir no reservaba más que el último de los espantos...

—¡Hippolyte! —exclamó Notte—. Como el día en que caí enfermo, no comprendo nada de esto..., ni a ti mismo.

Baes se volvió de repente hacia la puerta.

—Hay hombres que andan por la calle— murmuró.

Luego, continuando su discurso, dijo:

—Él te seguirá allí donde debes ir, aunque, tal vez, él se haya traicionado a sí mismo...

Théodule se dio cuenta que su amigo hablaba más para sí mismo que en dirección a él.

De golpe, la claridad se hizo en su alma.

—¡El Gran Nocturno!— exclamó.

Baes sonrió y le cogió la mano.

—¡Jé, jé!— se rió burlona una voz a su espalda.

Hippolyte se volvió hacia el pequeño buda.

—¡Cállate, monstruo!— ordenó.

—Me callo— dijo la voz.

La calle se llenaba de ruidos confusos.

Théodule Notte tenía los ojos fijos en las vidrieras de las paredes, tras las cuales el fulgor empezó a vacilar.

Se llevó la mano al corazón.

—Hippolyte, veo... Pauline Bulus está caída sobre un lado, con el cráneo destrozado... Las ratas de la alcantarilla roen el rostro del pobre Jérôme Meyer... La mujer Maire arde dentro de su casa en llamas... ¡Ah! Me hacía falta matar tres veces, según la ley del libro rojo.

De pronto, las ventanas y el cuadrado de cristal de la puerta volaron hechos añicos, y una lluvia de piedras se abatió en el interior de la taberna.

—¡La lluvia de piedras! —exclamó Théodule— El destino se ha cumplido. Así, pues, en aquella espantosa jornada del ocho de octubre, *yo viví toda mi vida.*

Una muchedumbre abigarrada rugía ahora en la oscuridad de la calle. Linternas y antorchas iluminaban los rostros retorcidos por el odio.

—¡A muerte el asesino!

Tras uno de los cristales rotos, el rostro lívido del comisario Sanders se hizo presente.

—¡Théodule Notte, dése preso!

Hippolyte Baes tendió la mano y un silencio extraño reinó. Théodule le miró con estupor.

El anciano acababa de agarrar el buda de piedra y lanzarlo contra las vidrieras, que se desvanecieron como el humo.

Théodule vio abrirse ante él una senda tenebrosa, como horadada en una humedad inmóvil y que terminaba en una perspectiva lejana, en medio de un rugido alocado, indescriptible.

—Fue preciso huir por allí— dijo dulcemente Hippolyte Baes.

—¿Quién..., quién eres tú?— preguntó Théodule.

La muchedumbre, lanzando gritos de rabia, invadió la Taverne de l'Alpha, pero Théodule no la veía ni la oía ya. Sus pies pisoteaban un terciopelo negro muy suave.

—¿Quién eres tú— preguntó otra vez.

Hippolyte Baes ya no estaba a su lado, sino una forma inmensa, cuya frente formidable estaba aureoleada de nubes.

—¡El Gran Nocturno!— suspiró Théodule.

—Ven— dijo una voz amiga, que parecía descender de inmensas altitudes, pero que Théodule reconoció como la que se alzaba junto a él durante las agradables cenas y las tranquilas partidas de damas.

—Ven... Hasta en el *más allá* hay niños prodigios.

El corazón de Théodule Notte estaba en paz, y el ruido del mundo, que abandonaba para siempre, llegaba hasta él como el suspiro de un último soplo de brisa en los altos álamos enhiestos en la paz dichosa de una hermosa tarde.